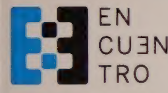
C. S. Lewis

La abolición del hombre



X

100XUNO

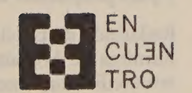
La abolición del hombre

100XUNO



C. S. Lewis

La abolición del hombre



Título original: *The Abolition of Man*

Traducción: Javier Ortega

Colección 100XUNO, nº 15

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
ISBN: 978-84-9055-157-8
Depósito Legal: M-33736-2016
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.ª - 28043 Madrid - Tel. 915322607
www.ediciones-encuentro.es

ÍNDICE

«El Maestro dijo: "Quien se pone a trabajar con hilo distinto destruye el tejido entero"».

Confucio, *Anales* II.16

I. HOMBRES SIN CORAZÓN

«Sentenció a muerte a la palabra
y así condenó al niño».

Dudo de que estemos suficientemente atentos a la importancia que tienen los libros de texto de la enseñanza primaria. Ésta es la razón por la que he elegido como punto de partida para estas reflexiones un pequeño libro de Lengua destinado a los «niños y niñas de ciclo escolar básico». No creo que los autores (pues eran dos) de este libro pretendieran hacer daño alguno con él y tengo una deuda con ellos o con su editor, por haberme enviado un ejemplar de regalo. Pero, a la vez, no puedo decir nada bueno de ellos. Por tanto, me encuentro en una situación bastante comprometida. No quiero poner en la picota a dos modestos maestros en activo que han hecho lo mejor que sabían hacer; pero tampoco puedo callar ante lo que considero que es la orientación real de su trabajo. Por tanto, prefiero silenciar sus nombres. Me referiré a estos señores como Gayo y Ticio, y a su libro como *El Libro Verde*. Pero les prometo que tal libro existe y que lo tengo en mi biblioteca.

En el segundo capítulo de dicho libro, Gayo y Ticio hacen referencia a la conocida historia de Coleridge[1], que se desarrolla ante unas cataratas. Recordarán que frente a dichas cataratas se encontraban presentes dos turistas: uno las calificó de «sublimes» y el otro de «bonitas»; y que Coleridge mentalmente aprobó el primer juicio y rechazó el segundo con desagrado. Gayo y Ticio comentan lo siguiente: «*Cuando el hombre dice "Esto es sublime", parece estar haciendo un comentario acerca de las cataratas [...]. Realmente [...] no está haciendo un comentario sobre las cataratas, sino un comentario sobre sus propios sentimientos. Lo que dice realmente es: Tengo sentimientos asociados en mi mente con la palabra "sublime"; o, abreviando, "Tengo sentimientos sublimes"*». En este fragmento se plantean un buen número de cuestiones profundas recogidas a modo de sumario bien presentado. Pero los autores no se detienen aquí. Añaden: «*Esta confusión se nos presenta continuamente con el uso del lenguaje. Parece que nos estamos refiriendo a algo muy importante y, en realidad, sólo estamos haciendo referencia a nuestros propios sentimientos*»[2].

Antes de considerar las cuestiones que se plantean en este párrafo —breve, pero de gran importancia— (y que se dirige, como se recordará, a estudiantes del ciclo escolar básico) debemos eliminar

1 Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), poeta y publicista inglés (ndt).
2 *El Libro Verde*, pp. 19, 20.

un error evidente en que incurren Gayo y Ticio. Incluso desde su punto de vista o desde cualquier otro el hombre que dice «Esto es sublime» no quiere decir «Tengo sentimientos sublimes». Admitiendo que cualidades tales como la sublimidad puedan proyectarse sobre las cosas, lisa y llanamente, a partir de nuestros propios sentimientos, las emociones que provoca dicha proyección son las correlativas y, por consiguiente, casi las opuestas a las cualidades proyectadas. Los sentimientos que llevan a un hombre a calificar de sublime un objeto no son sentimientos sublimes, sino sentimientos de admiración. Si la exclamación «Esto es sublime» se reduce totalmente al estado de los sentimientos del hombre, la traducción correcta sería «Tengo sentimientos de admiración». Si la postura sostenida por Gayo y Ticio se aplicara de un modo consistente nos llevaría a absurdos evidentes. Les forzaría a mantener que «Tú eres despreciable» significaría «Tengo sentimientos despreciables»; y, así, «Tus sentimientos son despreciables» significaría «Mis sentimientos son despreciables». Pero no nos entretendremos más sobre esta cuestión que constituye el *pons asinorum* de nuestra reflexión. Seríamos injustos con Gayo y Ticio si enfatizáramos lo que, sin duda alguna, es un simple desliz.

El chaval que leyera este pasaje de *El Libro Verde*, aceptaría dos proposiciones: en primer lugar, que todas las frases que contuvieran un juicio de

valor harían referencia al estado emocional del sujeto que las pronuncia; y, en segundo lugar, que tales afirmaciones carecerían de importancia. Es verdad que ni Gayo ni Ticio han afirmado esto en el capítulo al que nos referimos. Tan sólo han considerado un predicado de valor particular («sublime») como una palabra descriptiva de las emociones del locutor. La tarea de hacer extensiva esta lógica a todos los predicados de valor se deja en manos de los propios alumnos: y no se interpone ningún obstáculo en el camino de tal generalización. Los autores pueden o no desear dicha generalización: quizás no le hayan dedicado en serio a la cuestión ni siquiera cinco minutos de su tiempo. Pero a mí no me interesa su intención sino el efecto que el libro producirá en la mente del alumno. Del mismo modo, ellos no han dicho que los juicios de valor no tengan importancia. Sus palabras son que «*creemos* estar diciendo algo muy importante» cuando, en realidad, «*sólo* estamos diciendo algo acerca de nuestros propios sentimientos». Ningún chaval sería capaz de resistir la sugerencia que se le hace mediante la palabra *sólo*. No quiero decir, por supuesto, que el alumno relacione conscientemente todo lo que lee con una teoría filosófica general en la que todos los valores son subjetivos y triviales. El auténtico poder de Gayo y Ticio reside en el hecho de que se están dirigiendo a niños: niños que creen estar «haciendo» sus «deberes» y que no tienen ni idea de que

ética, teología y política están en juego. No es una teoría lo que les están metiendo en la cabeza, sino que les hacen asumir algo que, diez años después, una vez olvidado su origen y siendo inconsciente su presencia, les condicionará a la hora de tomar parte en una controversia que nunca habrán reconocido como tal. Sospecho que los autores mismos apenas se dan cuenta de lo que le están haciendo al chico; y éste, por supuesto, no puede saber lo que se está haciendo con él.

Antes de considerar las credenciales filosóficas de la posición que Gayo y Ticio han tomado respecto del valor de las cosas, me gustaría mostrar los efectos prácticos de tal procedimiento educativo. En el cuarto capítulo del libro, se pone como ejemplo un estúpido anuncio publicitario que invita a un crucero de placer, con el fin de prevenir a los alumnos frente al modo en que está escrito[3]. El anuncio dice que comprando un pasaje para dicho crucero se surcarán los Mares Orientales donde navegó el capitán Drake, «aventurándose en las maravillas de las Indias», y volviendo a casa con un «tesoro» de «horas doradas» y «colores vivos». Por supuesto que es un fragmento mal escrito: venal y sensiblera explotación de los sentimientos de admiración y agrado que los hombres sienten cuando visitan lugares profundamente asociados con la historia o la leyenda. Si Gayo y Ticio se dedicaran a lo suyo y enseñaran a sus lectores (como prometían) el

---

3 Ibíd., p. 53.

arte de la redacción en inglés, deberían comparar este anuncio con pasajes de grandes escritores en los que las mismas emociones estuvieran correctamente expresadas, para, a continuación, mostrar dónde estriban las diferencias.

Podrían haber usado el famoso párrafo de Samuel Johnson en su libro *Islas Orientales*, que termina así: «*El hombre cuyo patriotismo no se exaltara en la planicie de Maratón o cuya piedad no se confortara entre las ruinas de Jonia, es pequeño para ser envidiado*»[4]. O bien podrían haber seleccionado el fragmento de *El preludio*, en el que William Wordsworth describe cómo la antigüedad de Londres le venía a la mente con «Fuerza y poder, Poder que crece gracias a esa fuerza»[5]. Una lección que hubiera confrontado tal literatura con el anuncio y hubiera discriminado verdaderamente lo bueno de lo malo, habría sido una lección con valor pedagógico. En ella habría habido algo de sangre y algo de savia: los árboles del conocimiento y de la vida creciendo juntos. Y también habría tenido el mérito de ser una clase de literatura: una materia en la que Gayo y Ticio, a pesar del propósito perseguido, están sumamente «verdes».

Pero se limitan simplemente a reseñar que el lujoso barco en realidad no navegará a donde Drake navegó; que los turistas no disfrutarán de ninguna aventura;

---

4 Samuel Johnson, *Viaje a las Islas Orientales*.

5 *El preludio*, VIII, ll.549-559.

que los tesoros que traerán a casa serán únicamente de naturaleza metafórica; y que en un simple viaje a Margate[6] pueden encontrar «toda la satisfacción y el descanso» que necesitan[7]. Todo esto es muy cierto: gente con menos talento que Gayo y Ticio hubiera bastado para descubrirlo. De lo que no se han dado cuenta, o de lo que no se han preocupado, es de que se podría dar un tratamiento muy similar a tanta buena literatura que suscita emociones parecidas. Después de todo, ¿qué puede añadir la historia del entonces incipiente cristianismo británico a los motivos de la piedad existente en el siglo XVIII? ¿Por qué la posada del Sr. Wordsworth debería ser más confortable o el aire de Londres más sano por el hecho de que Londres haya existido durante tanto tiempo? Si existe ciertamente algún impedimento que pueda evitar que un crítico desprestigie por las buenas a Johnson o a Wordsworth (o a Charles Lamb, o a Virgilio, o a sir Thomas Browne o a Mr. W. John de la Mare) con la misma lógica con que *El Libro Verde* desprestigia el citado anuncio, Gayo y Ticio no han prestado a sus jóvenes lectores la más mínima ayuda para hallarlo.

De este pasaje, el alumno aprenderá bien poco sobre literatura. Lo que sí adquirirá con rapidez, y quizás para siempre, es la creencia de que todos los

6 Famoso balneario de la costa británica (ndt).

7 *El Libro Verde*, pp. 53-55.

sentimientos suscitados por asociación de ideas son en sí mismos despreciables y contrarios a la razón. No tendrá noción de que existen dos modos de inmunizarse frente a un anuncio como el anterior; dicho anuncio constituye un fracaso tanto para los que están por encima como para los que están por debajo de él; tanto para el hombre verdaderamente sensible como para el simple mono con pantalones incapaz de concebir el Atlántico como algo más que un montón de toneladas de fría agua salada. Existen dos tipos de hombre para los que resulta vano un falso artículo de fondo sobre el patriotismo y el honor: uno es el cobarde; el otro es el hombre patriota y de honor. Pero nada de esto se somete al juicio del alumno. Por el contrario, se le anima a rechazar el atractivo de los «Mares Orientales» bajo el peligroso punto de vista de que obrando así se demostrará a sí mismo ser un tipo listo al que no se puede engañar fácilmente. Gayo y Ticio, aparte de no enseñar al alumno lo que la literatura es verdaderamente, han erradicado de su alma, mucho antes de que sea lo suficientemente adulto como para poder elegir, la posibilidad de tener ciertas experiencias que pensadores más autorizados que ellos han considerado generosas, fructíferas y humanas.

Pero no es sólo el caso de Gayo y Ticio. En otro pequeño libro, a cuyo autor llamaré Orbilio, he encontrado que se utiliza el mismo modo de proceder,

bajo idéntica anestesia general. En él, Orbilio pretende desprestigiar un estúpido pasaje que habla de caballos, en el que estos animales son ensalzados como los «abnegados sirvientes» de los primeros colonos de Australia[8]. Y cae en la misma trampa que Gayo y Ticio. De Ruksh y de Sleipnir y de los caballos lastimeros de Aquiles o del caballo guerrero del libro de Job[9]; ni siquiera de Brer Rabbit y de Peter Rabbit[10]; de la ancestral piedad humana hacia «nuestro hermano el buey»; de todo lo que este tratamiento semiantropomórfico de las bestias ha significado en la historia humana y de la literatura (tratamiento a la vez noble y picaresco), de todo esto no tiene nada que decir[11]. Ni siquiera dice nada sobre los problemas de psicología animal que la ciencia considera. Se contenta a sí mismo con explicar que los caballos no están intere-

[8] El libro de Orbilio, p. 5.

[9] Job 34,19-25 (ndt).

[10] Dos famosos conejos de un cuento para niños creado por Beethix Potter (ndt).

[11] Orbilio es tan superior a Gayo y a Ticio que compara (pp. 19-22) un fragmento bien escrito sobre animales con el fragmento que condena. Desafortunadamente, sin embargo, la única superioridad que demuestra verdaderamente en el segundo extracto, es su superioridad como verdad fáctica. El problema específicamente literario (el uso y abuso de expresiones que son falsas *secundum litteram*) no es abordado. De hecho, Orbilio nos dice (p. 97) que debemos «aprender a distinguir entre proposiciones figurativas legítimas e ilegítimas», pero nos es de poca ayuda para que lo hagamos. Al mismo tiempo, es justo recordar mi opinión de que su trabajo está realmente a otro nivel que *El Libro Verde*.

sados, *secundum litteram*, en la expansión colonial[12]. Esta sesgada información es todo lo que sus alumnos obtienen verdaderamente de Orbilio. No llegarán a saber por qué el ensayo que se les presenta es malo, cuando otros a los que se les hace la misma acusación son buenos. Y mucho menos aprenderán los dos tipos de hombre que se sitúan por encima y por debajo del peligro de tal modo de escribir; el hombre que conoce y ama verdaderamente a los caballos (y no por la ilusión del antropomorfismo, sino con cariñosa pasión) y el incorregible cabeza de chorlito de ciudad para el que el caballo es simplemente un medio de transporte pasado de moda. Los alumnos habrán perdido algo de ilusión por sus ponis o por sus perros; habrán acrecentado su crueldad o abandono hacia ellos; y sus mentes se sentirán satisfechas por los conocimientos adquiridos. Ésa es la clase de Lengua de cada día, aunque de Lengua no se haya aprendido nada. Otro pequeño fragmento de la herencia humana les ha sido sutilmente negado antes de que fueran lo suficientemente adultos para comprenderlo.

Hasta aquí he asumido que maestros tales como Gayo y Ticio no se dan cuenta de lo que están haciendo y no tienen idea de las consecuencias a largo plazo que su planteamiento realmente tiene. Pero, por supuesto, existe otra posibilidad. Lo que he llamado (suprimiendo su concordancia con un esquema tradicional de valores)

---

12 Ibíd., p. 9.

«mono con pantalones» y «cabeza de chorlito» podría ser precisamente el tipo de hombre que en realidad ellos desearían configurar. Por tanto, sus diferencias respecto a mi planteamiento deben seguir su curso aclaratorio. Su posición les debe llevar a sostener que los sentimientos humanos habituales frente al pasado, frente a los animales o frente a las majestuosas cataratas van en contra de la razón y son despreciables y deben ser, por tanto, erradicados. Se debe proceder a borrar del mapa estos valores tradicionales *y* replantear de nuevo el problema con otro sistema de valores. Pero ya discutiremos esta posición posteriormente.

Por el momento, debo contentarme con señalar que dicha posición es una posición filosófica y no literaria. Introduciendo dicha posición en su libro han sido injustos con el padre o con el tutor que lo compra y que tiene en sus manos el trabajo de unos filósofos aficionados en lugar del esperado trabajo de unos lingüistas profesionales. Cualquiera se quedaría de piedra si su hijo volviera del dentista con los dientes en su sitio y su cabeza llena del *obiter dicta* del dentista sobre el bimetalismo o la teoría de Bacon.

De todos modos, dudo mucho de que Gayo y Ticio hayan planeado realmente, bajo la tapadera de la enseñanza de Lengua, la expansión de su filosofía. Más bien creo que han entrado en ella por las siguientes razones: en primer lugar, la crítica literaria es complicada, y lo que ellos hacen es mucho más

sencillo. Explicar por qué un mal tratamiento de los sentimientos originarios del hombre es hacer mala literatura, si excluimos todas las críticas que ponen en tela de juicio la emoción en sí misma, es una cosa difícil de hacer. Ni siquiera el Dr. Richards, quien por vez primera afrontó seriamente el problema de la maldad en la literatura, lo logró, a mi modo de ver. Sin embargo, menoscabar los sentimientos, en base a un racionalismo común, está al alcance de cualquiera. En segundo lugar, creo que Gayo y Ticio han interpretado mal, inconscientemente, la necesidad más apremiante del momento en el terreno de la educación. Ellos ven el mundo que les rodea influido por una propaganda emocional —han aprendido de la tradición que la juventud es sentimental— y llegan a la conclusión de que lo mejor que pueden hacer es proteger las mentes de los jóvenes frente a los sentimientos. Sin embargo, mi experiencia como profesor es precisamente la contraria. Por cada alumno que necesita ser protegido de un frágil exceso de sensibilidad hay tres que necesitan ser despertados del letargo de la fría mediocridad. El objetivo del educador moderno no es el de talar bosques sino el de irrigar desiertos. La correcta precaución contra el sentimentalismo es la de inculcar sentimientos adecuados. Agotar la sensibilidad de nuestros alumnos es hacerles presa fácil del proselitista de turno. Su propia naturaleza les empujará a vengarse, y un corazón duro no es protección infalible frente a una mente débil.

Pero existe una tercera razón, más profunda, por la que Gayo y Ticio adoptan dicho modo de proceder. Deberían estar perfectamente preparados para admitir que una buena educación refuerza algunos sentimientos mientras que rechaza otros. Deberían esforzarse por que así fuera. Pero es imposible que tuvieran éxito. En cualquier caso, por mucho que se esfuercen, la parte de su trabajo en la que se encargan de menoscabar los sentimientos, y sólo esta parte, es la que al final se impone. A fin de clarificar este concepto, debo apartarme momentáneamente del tema para mostrar cómo lo que se podría considerar la propuesta educacional de Gayo y Ticio es diferente a la de todos sus predecesores.

Hasta tiempos relativamente recientes, todos los maestros —e, incluso, todos los hombres— creían que la realidad era tal que ciertas reacciones emocionales por nuestra parte podían ser tanto congruentes como incongruentes respecto a ella: creían, de hecho, que los objetos no sólo recibían, sino que podrían *merecer*, nuestra aprobación o desaprobación, nuestra admiración o nuestro desprecio. La razón por la que Coleridge estaba de acuerdo con el turista que calificaba de sublimes las cataratas y no lo estaba con el que las calificaba de bonitas era, por supuesto, que él creía que la naturaleza inanimada era tal que determinadas respuestas podrían ser más «justas» u «ordenadas» o «apropiadas» que otras. Y él creía

(acertadamente) que los turistas pensaban lo mismo. El hombre que calificaba de sublimes las cataratas no pretendía solamente describir los sentimientos que le suscitaban: también afirmaba que el objeto era tal que *merecía* esos sentimientos. Pero respecto a esta afirmación no hay nada con lo que estar o no de acuerdo. No estar de acuerdo con la frase «Esto es bonito», si tales palabras describieran los sentimientos de la mujer, sería absurdo: si ella hubiera dicho «Me encuentro mal», Coleridge difícilmente podría haber replicado «No; yo me encuentro bastante bien». Cuando Shelley[13], comparando la sensibilidad humana con un arpa eolia, afirma que ésta difiere de un arpa normal en que tiene un poder de «*ajuste interno*» por el que puede «*acomodar sus cuerdas a las vibraciones de lo que la percute*»[14], está asumiendo la misma creencia. «*¿Puedes ser justo* —pregunta Traherme— *si no estimas las cosas tal y como se merecen? Todas las cosas fueron creadas para ser tuyas y tú fuiste creado para apreciarlas según su valor*»[15].

San Agustín define la virtud como *ordo amoris*, la ordenada condición de los sentimientos por la que a cada objeto se le atribuye el tipo y el grado de amor que le corresponde[16]. Aristóteles afirma que el horizonte de la educación es el de hacer del alumno tanto

---

13 Percy Bysshe Shelley (1792-1822), considerado el poeta más grande del romanticismo inglés (ndt).

14 *Defensa de la Poesía.*

15 *Siglos de Meditaciones*, I.12.

16 *De Civ. Dei*, XV.22. Cf. ibíd. IX.5, XI.28.

lo que se debe hacer de él como lo que no[17]. Cuando llegue a la edad en que se empieza a reflexionar, el alumno que haya sido educado según «afectos ordenados» o «sentimientos adecuados» reconocerá fácilmente los primeros principios de la Ética; pero para el hombre corrupto, estos principios jamás serán en absoluto admitidos y no podrá progresar en dicha ciencia[18]. Ya Platón antes que Aristóteles dijo lo mismo. El pequeño animal humano no obtendrá las respuestas adecuadas al primer intento. Se le debe enseñar a sentir agrado, simpatía, disgusto, o aversión hacia aquellas cosas que son realmente gratas, simpáticas, desagradables o repugnantes[19]. En *La República*, la juventud correctamente educada es aquélla «*que puede ver más claramente lo que es negativo en los esfuerzos desencaminados del hombre o en las obras descarriadas de la naturaleza, y con un justo rechazo despreciará y odiará lo que de horrendo encuentre incluso en sus años jóvenes y dará culto complacido a la belleza, aceptándola en su alma y haciéndola servir de sustento, a fin de convertirse en un hombre de noble corazón. Y todo esto antes de estar en edad de razonar; de modo que, cuando la Razón venga por fin a él, entonces, estando de ese modo educado, le abrirá sus brazos en señal de bienvenida y la reconocerá a causa*

---

17 *Eth. Nic.* 1104 B.

18 Ibíd. 1095 B.

19 *Leyes*, 653.

de la afinidad que sentirá por ella»[20]. En el Hinduismo primitivo, la conducta humana que podría ser calificada de «buena» consiste en la armonía, e incluso en la participación, del *Rta*: el gran ritual o arquetipo natural y sobrenatural revelado al mismo tiempo en el orden cósmico, en las virtudes morales y en el ceremonial del templo. La honradez, la corrección, el orden, el *Rta*, se identifican constantemente con la *satya* o la verdad, con la correspondencia con la realidad. Del mismo modo que Platón decía que el Bien está «*más allá de la existencia*», y que Wordsworth afirmaba que a través de la virtud las estrellas permanecían firmes, los maestros hindúes dicen que los mismos dioses provienen del *Rta* y lo obedecen[21].

Los chinos hablan también de una gran cosa (la cosa más grande) que llaman el *Tao*. Es la realidad en la que todas las realidades consisten, el abismo que existía antes que el Mismo Creador. Es la Naturaleza, es la Vía, es el Camino. El Camino por el que marcha el universo; camino en el que las cosas se presentan para siempre, inmóviles y en calma, en el espacio y en el tiempo. También es el Camino que cada hombre debe seguir en consonancia con la progresión cósmica y supercósmica, conformando todas las actividades

---

20 *República*, 402 A.

21 A.B. Keith, s.v. «Rectitud (Hindú)», *Encyclopedia of Religion and Ethics*, vol. X.

según el gran modelo[22]. «En el ritual —se dice en los *Anales*— se valora la armonía con la Naturaleza»[23]. Los antiguos judíos, del mismo modo, alababan la ley como «lo verdadero»[24].

A esta concepción, en todas sus modalidades —platónica, aristotélica, estoica, cristiana u oriental— me referiré, para simplificar, de ahora en adelante como «el *Tao*». Algunas de las historias que hasta ahora he contado les parecerán, quizás, a muchos de ustedes simplemente curiosas e incluso fantasiosas. Pero no podemos pasar por alto lo que es común a todas ellas. Es la doctrina del valor objetivo, la convicción de que ciertas actitudes son realmente verdaderas y otras realmente falsas respecto a lo que es el universo y lo que somos nosotros. Los que conocen el *Tao* pueden mantener que afirmar que los niños son hermosos o que los viejos son dignos de respeto no es solamente constatar un hecho psicológico sobre nuestros sentimientos paternales o filiales en cada momento, sino que es reconocer una cualidad que

---

22 Ibíd., vol. II, p. 454 B; IV.12 B; IX.87 A.

23 *Anales de Confucio*, traducción de Arthur Waley, Londres, 1938, I.12.

24 Salmo CXIX.151. La palabra es *emeth*, «verdad». Donde el *Satya* hindú enfatiza la verdad como «correspondencia», *emeth* (relacionada con un verbo que significa «resistir firme») enfatiza más bien la fiabilidad y fidelidad de la verdad. *Confianza* y *permanencia* son palabras propuestas por los estudiosos del Judaísmo como alternativas. *Emeth* es lo que no defrauda, lo que no «da», lo que no cambia, lo que no deja escapar el agua. (Ver T.K. Cheyne en la *Enciclopedia Bíblica*, 1914, s.v. «Verdad»).

exige de nosotros una cierta respuesta, tanto si la damos como si no. He de reconocer que no me gusta en demasía la compañía de niños pequeños: puesto que hablo desde el reconocimiento del *Tao*, confieso que esto es un defecto mío, igual que un hombre debería reconocer que es sordo o ciego. Y puesto que nuestra aprobación o nuestro desacuerdo son, o bien el reconocimiento del valor objetivo, o bien respuesta a un orden objetivo, los estados emocionales pueden estar en armonía con la razón (cuando simpatizamos con lo que debemos reconocer) o no (cuando percibimos que debemos simpatizar pero no sentimos tal simpatía). Ningún sentimiento es, en sí mismo, un juicio; en este sentido, ninguna emoción o sentimiento tiene lógica. Pero puede ser racional o irracional según se adecúe a la Razón o no. El corazón nunca ocupa el lugar de la cabeza sino que puede, y debe, obedecerla.

En contraste con todo esto se encuentra el mundo de *El Libro Verde*. En él, la verdadera posibilidad de que un sentimiento sea razonable —o irrazonable— se excluye desde el principio. Puede ser razonable o irrazonable sólo si concuerda —o no— con algo más. Decir que la catarata es sublime implica decir que nuestro sentimiento de admiración es apropiado o está en sintonía con la realidad y, por tanto, se hace referencia a algo que hay más allá del sentimiento; lo mismo que decir que un zapato se ajusta al pie es hacer referencia no sólo al zapato, sino también al

pie. Pero esta referencia a algo más que la emoción es lo que Gayo y Ticio excluyen de cualquier frase que contenga un predicado de valor. Tales afirmaciones hacen referencia únicamente, según ellos, al sentimiento. Y así, el sentimiento, considerado por sí mismo, no puede estar en acuerdo o en desacuerdo con la Razón. Es irracional no como un paralogismo, sino como un hecho físico: ni siquiera alcanza la dignidad del error. Bajo este punto de vista, el mundo de los hechos, sin rastro de valor alguno, y el mundo de los sentimientos, sin rastro de verdad o falsedad, justicia o injusticia, se encuentran enfrentados, sin posibilidad de acercamiento.

Por tanto, el problema educacional es totalmente diferente según la posición que se adopte frente al *Tao*. Para los que reconocen el *Tao*, el objetivo es el de inculcar en el alumno aquellas respuestas que son, en sí mismas, adecuadas —independientemente de que alguien se las plantee o no—, y en desarrollar la verdadera consistencia de la naturaleza humana. Los que no reconocen este *Tao*, siendo consecuentes, deben considerar por igual todo sentimiento como no racional, como una neblina entre nosotros y la realidad. Como resultado, se decide alejar todo sentimiento, tanto como sea posible, de la mente del alumno; o bien, enfatizar algunos sentimientos mediante consideraciones que nada tienen que ver con su «justicia» o «adecuación» intrínsecas. Este último planteamiento les lleva a

implicarse en el cuestionable proceso de crear en los otros por «sugestión» o encantamiento un espejismo que la propia razón ya ha desentrañado con éxito.

Quizás se pueda clarificar esto si ponemos un ejemplo concreto. Cuando un antiguo padre romano le decía a su hijo que morir por la patria era una cosa dulce y honrosa, creía en lo que decía. Le estaba comunicando a su hijo un sentimiento que él mismo compartía y que creía que estaba en consonancia con el valor que su juicio era capaz de discernir ante una muerte noble: le estaba dando al chico lo mejor que tenía, inculcándole su espíritu a fin de humanizarlo del mismo modo que había entregado su cuerpo para engendrarlo. Pero Gayo y Ticio no pueden creer que llamar dulce y honrosa a tal muerte pueda suponer decir «algo importante respecto a algo». Su propio método de «ridiculización» se tornaría contra ellos mismos si intentaran actuar de tal modo, ya que la muerte no es algo que se pueda comer y, por tanto, no puede ser *dulce* en sentido literal; ni siquiera las sensaciones reales que la preceden podrán ser *dulces* por analogía. Respecto al *decorum*, es sólo una palabra que describe el modo en que la gente sentirá tu muerte cuando se les ocurra pensar en ella, lo que no sucederá a menudo, ni te hará, ciertamente, bien alguno. Sólo existen, para Gayo y Ticio, dos caminos posibles. O el de ir hasta el fondo y redimensionar este sentimiento como se podría hacer con otro cualquiera, o bien el de

ponerse manos a la obra a fin de inculcarle al alumno, desde fuera, un sentimiento que ellos crean carente de valor y que podría costarle la vida, por la sencilla razón de que nos es útil a nosotros (los supervivientes) que nuestros jóvenes puedan sentirlo. Si se embarcan en este último camino, la diferencia entre la antigua y la nueva educación será importante. Mientras que la antigua formaba, la nueva simplemente «condiciona». La antigua se ocupaba de sus alumnos como los pájaros adultos se ocupan de los jóvenes cuando les enseñan a volar; la nueva les trata más como el avicultor trata a los polluelos: dirigiéndose a ellos de tal o cual manera con propuestas de las que los pájaros no entienden nada. En una palabra: la antigua era una especie de propagación: hombres que transmitían humanidad a otros hombres; la nueva es simplemente propaganda.

Gayo y Ticio se decantan por la primera alternativa sólo por una cuestión de prestigio. La propaganda les produce aversión: y no porque su propia filosofía dé pie a condenarla (o a lo que fuere), sino porque ellos mismos son mejores que sus propios principios. Probablemente, tienen una vaga idea (y la examinaré en mi próximo capítulo) de que el juicio de valor y la buena fe y la justicia pueden ser de sobra confiados al alumno, si alguna vez fuera necesario hacerlo, en el terreno de lo que ellos llaman «racional» o «biológico» o «moderno». Mientras tanto, abandonan la cuestión y se dedican a la labor de «ridiculizar».

Pero este camino, aunque es menos inhumano, no es menos desastroso que la alternativa opuesta, la cínica propaganda. Supongamos por un momento que las virtudes innegables se pudieran justificar realmente sin hacer referencia a un valor objetivo. Bien es cierto que ninguna justificación de la virtud permite al hombre ser virtuoso. Sin la ayuda de sentimientos orientados, el intelecto es débil frente al organismo animal. Yo jugaría antes a las cartas con un hombre escéptico respecto a la ética pero educado en la creencia de que «un caballero no hace trampas» que con un intachable filósofo moral que haya sido educado entre estafadores. En medio de una guerra, no serán los silogismos los que mantengan firmes los nervios y los músculos tras tres horas de bombardeo. El sentimentalismo más burdo hacia una bandera (ese al que Gayo y Ticio pondrían mala cara), un país o un regimiento sería más útil. Hace tiempo que nos lo advirtió Platón. Del mismo modo que el rey gobierna mediante su poder ejecutivo, así la Razón en el hombre debe regular los instintos primarios por medio del «elemento espiritual»[25]. La cabeza gobierna el vientre mediante el corazón, que es el lugar donde se asienta, como nos dice Alano, de la Magnanimidad[26], de las emociones organizadas en sentimientos estables a través del hábito conculcado. Corazón-Magnanimidad-

25 *República*, 442 B, C.

26 Alanus ab Insulis, *De Planctu Naturae Prosa*, III.

Sentimiento: ésta es la coordinación indispensable entre el hombre cerebral y el hombre visceral. Se podría incluso decir que es por este elemento intermedio por lo que el hombre es hombre: por su intelecto es mero espíritu y por su instinto es mero animal.

La operación que pretenden *El Libro Verde* y los de su estilo, es la de producir lo que se podría llamar Hombres sin Corazón. Con el agravante de que, usualmente, los autores se hacen llamar Intelectuales. Y esto les da la posibilidad de decir que quien les ataca, ataca a la Inteligencia. Y no es así. No se distinguen del resto de los hombres por una particular destreza para encontrar la verdad o por un ardor original para, al menos, buscarla. De hecho sería extraño que se distinguieran por eso: un apego perseverante a la verdad, un adecuado sentido del honor intelectual no puede ser mantenido en el tiempo sin la ayuda de un sentimiento que Gayo y Ticio pueden despreciar tan fácilmente como lo podría hacer cualquier otro. Y no es un exceso de ideas sino una falta de fértil y generosa emoción lo que les delata. Sus mentes no son superiores a las normales; es la atrofia del corazón lo que las hace parecer así.

Siempre —como en la tragicomedia de nuestra situación— que nos empeñamos en reclamar tales cualidades auténticas estamos, al tiempo, haciéndolas imposibles. Es difícil abrir un periódico sin que te venga a la mente la idea de que lo que nuestra civilización

necesita es más «empuje», o dinamismo, o autosacrificio, o «creatividad». Con una especie de terrible simplicidad extirpamos el órgano y exigimos la función. Hacemos hombres sin corazón y esperamos de ellos virtud e iniciativa. Nos reímos del honor y nos extrañamos de ver traidores entre nosotros. Castramos y exigimos a los castrados que sean fecundos.

II. EL CAMINO

«Bajo una única perspectiva trabaja el gentilhombre».

Confucio, *Anales* I.2

El resultado práctico de la educación según el espíritu de *El Libro Verde* es la destrucción de la sociedad que acepta dicho espíritu. Pero esto no supone, necesariamente, la refutación de la teoría del subjetivismo de los valores. La verdadera doctrina debe ser tal, que si la aceptamos, estamos dispuestos a morir por ella. Nadie que hable desde el *Tao* podría rechazarlo por tal motivo: ἐν δὲ φὰει καὶ ὄλεσσον. Pero todavía no hemos llegado a ese punto. Existen dificultades teóricas en la filosofía de Gayo y Ticio.

A pesar de lo subjetivos que puedan ser al considerar algunos de los valores tradicionales, Gayo y Ticio, por el simple hecho de escribir *El Libro Verde*, han explicitado que deben existir otros valores en absoluto subjetivos. Ellos escriben con el fin de provocar determinadas imágenes mentales en las nuevas generaciones: y no porque piensen que dichos esquemas mentales sean intrínsecamente justos o buenos, sino,

ciertamente, porque consideran a dichas generaciones como el medio hacia un estado de la sociedad que estiman deseable. No sería difícil (aunque sí fatigoso) recoger en varios pasajes de *El Libro Verde* cuál es su ideal; pero no es necesario hacerlo. Lo importante no es precisar la naturaleza del fin que persiguen, sino el hecho de que tal fin exista o no. Y debe existir, pues en caso contrario, este libro (siguiendo un razonamiento estrictamente pragmático) habría sido escrito sin propósito alguno. Además, este fin debe tener un valor real ante sus ojos. Eludir llamarlo bueno y utilizar, en su lugar, calificativos como «necesario», «progresista» o «eficaz» sería un subterfugio. A través de una argumentación, se les podría conminar a responder a las preguntas: ¿necesario para qué?, ¿progresando hacia dónde?, ¿con qué eficacia?; como último recurso tendrían que admitir que el estado de la cuestión es, en su opinión, bueno para sus propios intereses. Y esta vez no podrían mantener que «bueno» simplemente refleja sus emociones sobre el tema, dado que el objetivo último de su libro es el de condicionar al joven lector para que comparta sus aseveraciones; y esto sería empresa o de un loco o de un mezquino, salvo que consideraran que dichas aseveraciones fueran, de algún modo, válidas o correctas.

De hecho, Gayo y Ticio se encontrarían sosteniendo, con un dogmatismo completamente acrítico, todo el sistema de valores que estuvo de moda

entre los jóvenes de educación moderada de las clases profesionales en el periodo de entreguerras[27]. Su escepticismo en relación a los valores es sólo superficial: es aplicable respecto a los valores de los demás, pero sobre su propio esquema de valores no son en absoluto escépticos. Y este fenómeno es muy habitual. La mayoría de los que menoscaban los valores tradicionales o (como suelen llamarlos) «sentimentales», tienen en su *background* valores propios que parecen ser inmunes a tal proceso de descrédito. Proclaman estar cortando con el desarrollo «parasitario» del sentimiento, de la aquiescencia religiosa y de los

---

[27] La verdadera (y quizás inconsciente) filosofía de Gayo y Ticio se clarifica si se observa la siguiente relación de tomas de posición (desaprobaciones y aprobaciones) respecto a ciertos problemas.

A) *Desaprobaciones*: Que una madre reclame a su hijo que sea audaz, no tiene sentido (*El Libro Verde*, p. 62). La referencia de la palabra «gentilhombre» es «extremadamente vaga» (ibíd.). «Llamar a un hombre cobarde no nos indica nada acerca de sus acciones» (p. 64). Los sentimientos relacionados con un país o con un Estado son sentimientos «que no hacen referencia a nada en concreto» (p. 77).

B) *Aprobaciones*: Los que prefieren el arte de la paz al arte de la guerra (sin mencionar en qué circunstancias) «deberían ser llamados hombres sabios» (p. 65). Se pretende que el alumno «crea en una vida comunitaria democrática» (p. 67). «Tomar contacto con las ideas de otros es, como sabemos, saludable» (p. 86). La razón por la que existen los baños («es más higiénico y grato encontrarse con alguien cuando está limpio») es «demasiado obvia para ser digna de mención» (p. 142). Se debe notar que el bienestar y la seguridad, como se observa en un barrio residencial de una ciudad en tiempo de paz, son los valores últimos: se ridiculiza todo lo que por sí mismo puede producir bienestar y seguridad para el espíritu. El hombre vive sólo de pan y la fuente última de ese pan es la furgoneta de reparto de pan: la paz importa más que el honor, y puede ser mantenida burlándose de los coroneles y leyendo los periódicos.

tabús heredados con el fin de que los valores «reales» o «fundamentales» puedan salir a flote. Intentaré a continuación descubrir qué sucede si se afronta este problema seriamente.

Sigamos usando el ejemplo anterior —el de la muerte por una causa justa— pero no, por supuesto, porque la virtud sea el único valor o el martirio la única virtud, sino porque éste es el *experimentum crucis* que analiza diferentes sistemas de pensamiento del modo más clarificador. Supongamos que un Innovador de valores considera *dulce et decorum* y *greater love hath no man*[28] como meros sentimientos irracionales que deben ser desterrados a fin de poder descender al terreno «realista» o «fundamental» de este valor. ¿Dónde encontraría un terreno así?

En primer lugar, podría decir que el valor real se encuentra en la utilidad que para la comunidad tiene un sacrificio de este tipo. «Bueno», podría decir, «*significa* útil para la comunidad». Pero, por supuesto, la muerte de la comunidad no es útil para la propia comunidad: únicamente podría serlo la muerte de algunos de sus miembros. Lo que realmente se quiere decir es que la muerte de algunos hombres es útil para otros hombres. Eso es muy cierto: pero ¿cuál es el fundamento por el que se les pide a algunos hombres

---

[28] *Más amor ningún hombre sintió;* se ha conservado esta cita en su idioma original, a pesar de coincidir con la lengua en que se ha escrito esta obra, respetando la línea seguida por el autor de mantener las citas en cursiva en la lengua original de las mismas (ndt).

que mueran por el beneficio de otros? Cualquier apelación al orgullo, al honor, a la dignidad o al amor es excluida por hipótesis. Hacer uso de ello implicaría reconsiderar el sentimiento, y la tarea del Innovador es, una vez desligado de todo eso, explicar a los hombres, en términos de puro razonamiento, por qué se les pide que mueran para que otros puedan vivir. Podría decir: «A menos que algunos corramos el riesgo de morir, todos nosotros moriremos *con seguridad*». Pero eso será cierto tan sólo en un número muy limitado de casos; y aun siendo cierto, se podría rebatir de modo muy razonable contestando con la pregunta: «¿Por qué he de ser yo uno de los que corran ese riesgo?».

Llegados a este punto, el Innovador debería preguntarse por qué, después de todo, el egoísmo debería ser más «racional» o «inteligente» que el altruismo. Sea bienvenida la pregunta. Si por Razón entendemos el proceso que siguen realmente Gayo y Ticio cuando se ocupan de menoscabar (es decir, el proceso de inducir por inferencia de proposiciones, derivadas en último extremo de datos sensoriales, proposiciones ulteriores) los sentimientos, entonces la respuesta debe ser que rechazar sacrificarse uno mismo no es más racional que acceder a hacerlo. Ni tampoco es menos racional. Ninguna elección es en absoluto racional o irracional. No se puede seguir ninguna conclusión *práctica* de las proposiciones referentes

a hechos aislados. *Esto preservará a la sociedad* no puede llevar a *haz esto* salvo que medie el *la sociedad debe ser protegida. Esto te costará la vida* no puede llevar directamente a *no hagas esto*: sólo conducirá a ello si existe un deber consciente o un instinto de autoconservación. El Innovador intenta obtener conclusiones en modo imperativo a partir de premisas formuladas en modo indicativo: y aunque lo intente eternamente no podrá tener éxito, porque tal cosa no es posible. Por consiguiente, deberemos ampliar la palabra Razón para incluir lo que nuestros antecesores llamaron Razón Práctica y confesar que juicios tales como *la sociedad debe ser protegida* (aunque éstos se puedan sostener sin la clase de razón que Gayo y Ticio exigen) no son simples sentimientos, sino que constituyen la racionalidad misma; o, en caso contrario, debemos eludir, de una vez por todas, el intento de encontrar un núcleo de valor «racional» más allá de los sentimientos que hemos menoscabado. El Innovador no elegirá la primera alternativa, puesto que los principios prácticos que todos los hombres conocen como Razón son, simplemente, el *Tao* que él pretende sustituir. Más bien decidirá evitar la búsqueda del núcleo «racional» e indagar en otros campos más «realistas» y «fundamentales».

Y esto, probablemente, creerá haberlo encontrado en el Instinto. La preservación de la sociedad y de la propia especie son fines que no penden del precario

hilo de la Razón: dependen del Instinto. Por eso es por lo que no es necesario rebatir al hombre que no los reconoce. Tenemos una exigencia instintiva de preservar nuestra especie. Ésta es la razón por la que los hombres deben trabajar para la posteridad. No tenemos una exigencia instintiva para mantener las promesas o para respetar la vida de cada individuo; por eso, tener escrúpulos en relación a la justicia o a la humanidad —lo que de hecho es el *Tao*— es algo que se puede eliminar sin más cuando entra en conflicto con nuestro fin real: la preservación de las especies. Ésta es la razón por la que, de nuevo, la situación moderna permite y requiere una nueva moral sexual: los viejos tabúes jugaron un papel importante como ayuda para preservar las especies; pero los anticonceptivos han modificado esta situación y de este modo, se pueden abandonar muchos de aquellos tabúes, puesto que, por supuesto, el deseo sexual, siendo instintivo, debe ser satisfecho mientras no entre en conflicto con la preservación de las especies. Parece como si, de hecho, una ética basada en el instinto diera al Innovador todo aquello que desea y evitara todo aquello que no desea.

En realidad no hemos subido un solo peldaño. No insistiré en que llamamos Instinto a lo que no conocemos (pues decir que las aves migratorias encuentran su itinerario por instinto es sólo decir que no sabemos cómo lo encuentran), y aquí se está

usando de un modo adecuado en cuanto que expresa un impulso irreflexivo o espontáneo ampliamente percibido por los miembros de una especie determinada. ¿De qué manera nos ayudará el Instinto, así concebido, a encontrar valores «reales»? ¿Se puede sostener que *debemos* obedecer al Instinto, que no podemos obrar de otro modo? En tal caso, ¿por qué se escriben *Libros Verdes*? ¿Por qué tal conjunto de exhortaciones para conducirnos a donde es ineludible ir? ¿Por qué tales elogios para quienes se han abandonado a lo inevitable? ¿O es que se sostiene que si obedecemos al Instinto estaremos felices y contentos? Sin embargo, la verdadera cuestión que estamos considerando es la de afrontar la muerte, la cual (al menos por lo que el Innovador conoce) elimina cualquier posible satisfacción: y si tenemos un deseo instintivo de bien para la posteridad, entonces, este deseo, por la propia naturaleza del problema, nunca se puede satisfacer, puesto que su objetivo se alcanza, en todo caso, cuando se está muerto. Parece más bien que el Innovador no quiere decir que debamos obedecer al Instinto, ni que nos satisfará hacerlo, sino que *sería conveniente* obedecerlo[29].

---

[29] El esfuerzo más denodado que conozco para construir una teoría de valor sobre la base de la «satisfacción de los impulsos» es el del Dr. I.A. Richards *(Principios de Crítica Literaria*, 1924). La antigua objeción para definir el valor como satisfacción es el juicio de valor universal de que «vale más ser un Sócrates insatisfecho que un cerdo satisfecho». Los esfuerzos del Dr. Richards están encaminados a demostrar que nuestros impulsos pueden ordenarse en una jerarquía, y

Pero ¿por qué tenemos que obedecerlo? ¿Existe otro instinto de orden superior que nos obligue a hacerlo; y un tercero de mayor orden aún que no obligue a obedecer a este segundo: una recurrencia

---

que es posible preferir ciertas satisfacciones a otras sin hacer referencia a ningún otro criterio que la satisfacción; él hace esto por la teoría de que algunos impulsos son más «importantes» que otros; un impulso *importante* sería aquel cuya frustración implique la frustración de otros impulsos. Una buena sistematización (i.e. la buena vida) consistirá en satisfacer tantos impulsos como sea posible, lo que supone satisfacer el impulso «importante» en perjuicio del «desdeñable». Las objeciones a este esquema me parecen dos:

1) Sin una teoría sobre la inmortalidad, no se deja espacio para el valor de una muerte noble. Se podría, por supuesto, aducir que un hombre que haya salvado su vida mediante la traición sufrirá una frustración durante el resto de sus días. ¿No será, ciertamente, una frustración de *todos* sus impulsos? Mientras que el hombre muerto no tendrá satisfacción alguna. ¿O se sostiene que en la medida en que no tiene impulsos insatisfechos mejor es que esté fuera de escena que el desgraciado hombre vivo? De aquí se desprende la segunda objeción.

2) ¿Se puede enjuiciar el valor de una sistematización por la presencia de satisfacciones o la ausencia de insatisfacciones? El caso extremo es el del hombre muerto, para el que satisfacciones e insatisfacciones (según la visión moderna) son ambas iguales a cero, frente al del traidor agraciado que aún puede comer, beber, dormir, rascarse y copular, aunque no pueda gozar de la amistad, del amor o de la dignidad. Pero se llega aún más lejos: supongamos que A tiene sólo 500 impulsos y que todos están satisfechos, y que B tiene 1.200 impulsos, de los que 700 están satisfechos y 500 no: ¿quién sistematiza más claramente? No cabe duda de lo que el Dr. Richards prefiere verdaderamente; ¡incluso es capaz de alabar el arte desde el punto de vista de que nos hace estar descontentos «ante la dureza de la vida cotidiana»! (op. cit., p. 230). El único rastro que encuentro de fundamento filosófico a esta preferencia es la afirmación de que «cuanto más compleja es una actividad, más consciente es» (p. 109). Pero si la satisfacción es el único valor, ¿por qué debería ser bueno el crecimiento de la conciencia (puesto que la conciencia es la condición de todas las insatisfacciones y también de todas las satisfacciones)? El sistema del Dr. Richards no confirma su (y nuestra) preferencia de la vida civil sobre lo salvaje, y de lo humano sobre lo animal, o incluso de la vida sobre la muerte.

infinita de instintos? Se puede presumir que esto es imposible, pero no existen otras opciones. A partir de la proposición de carácter psicológico «Algo me impulsa a hacer esto y lo otro» no se puede ingenuamente inferir el principio práctico «Debo obedecer a este impulso». Aunque fuera cierto que los hombres tienen un impulso espontáneo e irreflexivo para sacrificar su propia vida en beneficio de sus congéneres, otra cuestión muy distinta es si deben controlar o consentir este impulso; puesto que incluso el Innovador admite que muchos impulsos (los que entran en conflicto con la preservación de la especie) se deben controlar. Y admitir esto nos lleva a una dificultad aún más esencial.

Decirnos que obedezcamos al «Instinto» es decirnos que obedezcamos a la «gente». Y la gente dice cosas muy variopintas, al igual que los instintos. Nuestros instintos están en conflicto. Si se sostiene que el instinto de preservar la especie debe ser obedecido a expensas del resto de instintos, ¿de dónde se deriva esta regla de precedencia? Hacer caso a tal instinto, que nos habla en su propia causa, y decidir a su favor sería una simpleza. Cada instinto, si se le presta atención, pretenderá ser satisfecho a expensas del resto. Por el simple hecho de prestar atención a uno en vez de a otro habremos prejuzgado el problema. Si en dicha comparación no tenemos en cuenta la dignidad comparativa de cada uno, nunca la podremos extraer

de ellos. Y el conocimiento no puede ser instintivo en sí mismo: el juez no puede ser una parte de lo que se juzga; en caso de serlo, la decisión no tiene valor y no existe un terreno en el que situar la preservación de las especies por encima de la autoconservación o del instinto sexual.

La idea de que, sin apelar a una instancia superior a los propios instintos, es posible encontrar un fundamento por el que dar preponderancia a un instinto frente al resto se presenta muy complicada. Para ello, nos aferramos a palabras baldías: lo llamaremos el instinto «básico», o el «fundamental», o el «primario», o el «más profundo». No sirve para mucho. O estas palabras ocultan un juicio de valor que va *más allá* del instinto y, por tanto, que no se deriva *de* él, o bien, simplemente, recogen la intensidad que despierta en nosotros, la frecuencia con que se manifiesta o su amplia difusión. Según lo primero, todo intento de basar el valor en el juicio se ha desechado; según lo segundo, estas observaciones sobre los aspectos cuantitativos de un hecho de carácter psicológico no nos conducen a una conclusión práctica. Es el viejo dilema. O estas premisas ocultan un imperativo o la conclusión se queda simplemente en lo indicativo[30].

---

30 El expediente desesperado que se le puede abrir a un hombre si atenta contra el fundamento del valor en los hechos está bien ilustrado por el destino del Dr. C.H. Waddington en su obra *Ciencia y Ética*. El Dr. Waddington explica en ella que «la existencia es su propia justificación» (p. 14) y escribe: «Una existencia esencialmente evolutiva es en sí misma la justificación de la evolución hacia una

Finalmente, no tiene mucha utilidad preguntarse si *existe* algún instinto por el que preocuparse por la posteridad o por preservar la especie. Yo no lo descubro en mí mismo; además, soy un hombre poco

existencia más comprensiva» (p. 17). No creo que el Dr. Waddington se encuentre cómodo con esta visión, puesto que nos recomienda observar el curso de la evolución bajo tres perspectivas distintas a la simple casualidad: a) Que los estadios posteriores incluyen o «comprenden» a los anteriores. b) Que la visión de la evolución que tiene T.H. Huxley no nos repugnaría si se contemplara desde una perspectiva «actuarial». c) Que, de todos modos, después de todo, este planteamiento no es ni la mitad de malo de lo que la gente se imagina («no es tan moralmente ofensivo como para que no podamos aceptarlo», p. 18). Estos tres paliativos son más encomiables para el corazón del Dr. Waddington que para su cabeza y a mí me parece que ceden ante la posición principal. Si se elogia la evolución (o al menos, se hace apología de ella) sobre la base de *ciertas* propiedades que muestra, entonces estamos usando un corsé externo, y el intento de hacer de la existencia su propia justificación se debe desechar. Pues si tal intento se mantiene, ¿por qué se centra el Dr. Waddington en la evolución, es decir, en una fase temporal de la existencia orgánica en un planeta? Esto es «geocéntrico». Si el Bien = «lo que la naturaleza se encuentra haciendo», entonces, ciertamente, nos damos cuenta de que la naturaleza actúa como un agujero; y que la Naturaleza actúe como un agujero entiendo que quiere decir que trabaja sin pausa e irreversiblemente hacia la extinción final de todo tipo de vida en todo lugar del universo, de modo que la ética del Dr. Waddington, desposeída de su extraña tendencia hacia un asunto tan particular como es la biología telúrica, nos dejaría como único deber el asesinato y el suicidio. E incluso confieso que esto me resulta menos objeción que la discrepancia entre el primer principio del Dr. Waddington y los juicios de valor que los hombres dan en realidad. Valorar algo simplemente porque ocurre, es estar, de hecho, dando culto al éxito, como hacían Quislings o los hombres de Vichy. Se puede imaginar a otros filósofos con peor intención, pero a ninguno más vulgar. Y estoy lejos de sugerir que el Dr. Waddington esté sujeto en su vida real a una postración más rastrera previa al *fait accompli*. Esperemos que *Rasselas*, en su capítulo 22, nos dé la imagen correcta del valor de su filosofía en acción. («El filósofo, supuesto vencido el resto, se levantó y se marchó con un aire de hombre que había cooperado con el presente sistema»).

propenso a pensar en el futuro lejano: prefiero leer con placer a Mr. Olaf Stapledon. Y me parece aún más difícil pensar que la mayoría de la gente que se ha sentado en el asiento de enfrente en el autobús o que ha hecho cola a mi lado, sienta un impulso irreflexivo para hacer algo por la especie o por la posteridad. Sólo la gente educada de un modo particular ha podido tener en consideración la idea de «posteridad». Es difícil atribuir al instinto nuestra actitud hacia un objeto que existe sólo para los hombres reflexivos. Lo que poseemos por naturaleza es un impulso para proteger a nuestros hijos o nietos: un impulso que se hace cada vez más débil conforme la imaginación se retrotrae hasta morir en los «desiertos del abrumador futuro». Ningún padre, guiado por este instinto, podría soñar, por un instante siquiera, en anteponer las exigencias de sus hipotéticos descendientes a las del bebé que en ese momento chilla y patalea en la habitación. Los que aceptamos el *Tao* deberíamos, quizás, decir que tendrían que hacerlo: pero eso no está claro para los que consideran al instinto como la fuente de todo valor. En la medida en que pasamos del amor maternal a la planificación racional del futuro estamos pasando del terreno del instinto al de la elección y la reflexión: y si el instinto es el origen del valor, la planificación del futuro debería ser una cosa menos respetable y digna de menor consideración que el modo de hablarle a un bebé o los mimos de una madre cariñosa; o

que las anécdotas de colegio más banales de un padre ya mayor. Si nos basamos en el instinto, estas cosas son lo sustancial, y la preocupación por el futuro la sombra; la enorme sombra danzante de la felicidad infantil proyectada sobre la pantalla de un futuro incierto. No digo que esta proyección sea algo malo: pero, en tal caso, no creo que el instinto sea la cimentación de los juicios de valor. Lo que es absurdo es exigir que la preocupación por el futuro encuentre su justificación en el instinto y después mofarse en cada momento del único instinto en el que se supone que se sustenta, apartando a los niños del regazo de la madre y llevándolos a la guardería o al parvulario en aras del progreso de la raza venidera.

La verdad, así, se pone de manifiesto finalmente: ni a través de determinadas operaciones, manejando proposiciones de hecho, ni apelando al instinto puede el Innovador encontrar fundamento para su sistema de valores. Ninguno de los principios que le son necesarios los va a encontrar en tales posiciones: pero sí los debe encontrar en algún otro sitio. «Todo cuanto alcanzan a abarcar los cuatro mares lo siento como hermano mío» (XII.5), dice Confucio del *Chiintzu*, el *cuor gentil* o gentilhombre. *Humani nihil a me alienum puto*, dice el Estoico. «Haz tú como si lo hicieran contigo», dice Jesús. «La humanidad debe ser preservada», dice Locke[31]. Todos los principios

[31] Ver el Apéndice.

prácticos que hay detrás del problema que se le plantea al Innovador acerca de la posteridad, o de la sociedad, o de la especie están, desde tiempo inmemorial, en el *Tao*. Y en ningún otro sitio; salvo que uno acepte sin resquicio de duda que esto es al mundo de la acción lo que los axiomas son al mundo de la teoría, no se puede encontrar ningún género de principios prácticos. Y, además, no se puede llegar a ellos como conclusiones: son premisas. Se les puede considerar —puesto que no existe una «razón» para ellos de la clase de razón que exigen Gayo y Ticio— sentimientos: pero, en tal caso, se deben dejar de comparar los valores «reales» o «racionales» con el valor sentimental. En tal supuesto, todo valor sería sentimental; y se debe admitir (so pena de desestimar cualquier valor) que todo sentimiento no es algo «simplemente» subjetivo. Se les debe considerar, por otra parte, tan racionales —o, más bien, tan la racionalidad misma—, como las cosas más obvias y razonables, aquellas que ni exigen ni admiten verificación alguna. Pero entonces se debe admitir que la Razón pueda ser práctica, que un *debería* no se debe despachar tranquilamente porque no pueda generar un *es* que lo acredite. Si nada es evidente en sí mismo, nada se puede demostrar. Del mismo modo, si nada es obligatorio por sí mismo, nada es en absoluto obligatorio.

A alguien le podría parecer que he encubierto, simplemente, bajo otro nombre lo que siempre se

entendió por instinto básico o fundamental. Pero las implicaciones van mucho más allá del simple juego de palabras. El Innovador ataca los valores tradicionales (el *Tao*) en defensa de lo que él, en principio, cree que son (bajo un punto de vista muy particular) valores «racionales» o «biológicos». Pero, como hemos visto, todos los valores que utiliza para atacar el *Tao*, y que cree sustitutorios del mismo, se derivan del propio *Tao*. Si él realmente se ha remontado de nuevo a la línea de partida, siendo ajeno a la tradición humana en el terreno de los valores, ningún subterfugio le puede haber ayudado a avanzar ni siquiera un metro en la concepción por la que un hombre debería morir por la comunidad o trabajar para la posteridad. Si falla el *Tao*, fallan con él las propias concepciones del Innovador respecto a los valores. Ninguna de ellas puede exigir una autoridad distinta a la del *Tao*. Únicamente gracias a ciertos aspectos del *Tao* que él ha heredado está capacitado para atacarlo. La cuestión es, por tanto, qué autoridad tiene él para aceptar ciertos aspectos del *Tao* y rechazar otros. Puesto que si los aspectos que rechaza no tienen autoridad alguna, tampoco la tienen los que acepta; y si lo que acepta es válido, también lo es lo que no acepta.

El Innovador, por ejemplo, valora muy positivamente los anhelos de posteridad. No puede encontrar otra exigencia de posteridad válida que no sea el instinto o (en el sentido moderno) la razón. De hecho,

está deduciendo nuestro deber hacia la posteridad a partir del *Tao*; nuestro deber de hacer el bien a todos los hombres es un axioma de la Razón Práctica, y nuestro deber de hacer el bien a nuestros descendientes se deduce claramente de ella. Pero, entonces, sea cual fuere la modalidad del *Tao* que haya llegado hasta nosotros, junto al deber frente a nuestros hijos y descendientes está el deber para con nuestros padres y nuestros ancestros. ¿En base a qué aceptamos lo uno y rechazamos lo otro? Nuevamente, el Innovador puede anteponer un criterio económico: alimentar y vestir a la gente es el gran fin; en pos de él, se deben dejar de lado los escrúpulos respecto a la justicia y a la buena fe. El *Tao*, por supuesto, concuerda con él en la necesidad de alimentar y vestir a la gente; a menos de que el Innovador se apoyara en el *Tao*, nunca podría haber aprendido tal deber. Pero junto a éste, en el *Tao* se encuentran esas exigencias de justicia y buena fe que está dispuesto a desdeñar. ¿Cuál es su justificación? Él puede ser jingoísta, racista, nacionalista radical; uno que sostiene que el progreso de su pueblo es el fin al que hay que supeditar todo lo demás. Pero ningún tipo de observación de los hechos, ninguna apelación al instinto podrá cimentar esta opinión. Una vez más, está, de hecho, deduciéndolo a partir del *Tao*: un deber contraído con nuestra gente, por el simple hecho de serlo; parte de la moral tradicional. Pero, junto a este deber —y limitándolo—,

en el *Tao* subyacen los inalienables deseos de justicia y la norma por la que, en la Larga Carrera, todos los hombres son nuestros hermanos. ¿De dónde le viene al Innovador la autoridad para seleccionar y decidir?

Puesto que no encuentro respuesta para estas preguntas, extraigo las siguientes conclusiones. Lo que he llamado, por convenio, *Tao* y que otros llaman Ley Natural o Moral Tradicional o Principios Básicos de la Razón Práctica o Fundamentos Últimos, no es uno cualquiera de entre los posibles sistemas de valores. Es la fuente única de todo juicio de valor. Si se rechaza, se rechaza todo valor. Si se salva algún valor, todo él se salva. El esfuerzo por refutarlo y construir un nuevo sistema de valores en su lugar es contradictorio en sí mismo. Nunca ha habido, y nunca habrá un juicio de valor radicalmente nuevo en la historia de la humanidad. Lo que pretenden ser nuevos sistemas o (como ahora se llaman) «ideologías», consisten en aspectos del propio *Tao*, tergiversados y sacados de contexto y, posteriormente, sublimados hasta la locura en su aislamiento, aun debiendo al *Tao*, y sólo a él, la validez que poseen. Si el deber para con mis padres es una superstición, entonces también lo es el deber respecto a la posteridad. Si la justicia es una superstición, también lo es el deber hacia mi país o mi pueblo. Si la búsqueda de conocimiento científico es un valor real, entonces también lo es la fidelidad conyugal. La rebelión de las nuevas ideologías contra el *Tao* es la

rebelión de las ramas contra el árbol: si los rebeldes pudieran vencer se encontrarían con que se han destruido a sí mismos. La mente humana no tiene más poder para inventar un nuevo valor que para imaginar un nuevo color primario o, incluso, que para crear un nuevo sol y un nuevo firmamento que lo contenga.

¿Significa esto, entonces, que no se puede progresar respecto a nuestra percepción del valor?; ¿que estamos obligados para siempre por un código inmutable establecido de una vez por todas? ¿Y es posible, en todo caso, hablar de obediencia a lo que he llamado el *Tao*? Si juntamos, como yo he hecho, las morales tradicionales de Oriente y Occidente, la cristiana, la pagana y la judía, ¿no hallaríamos muchas contradicciones y algunos absurdos entre ellas? Debo admitir que sí. Algo de crítica, la eliminación de algunas contradicciones, incluso algo de desarrollo real es necesario. Pero hay dos formas muy distintas de criticar.

Un teórico del lenguaje podría aproximarse a su lengua nativa, desde su «exterior», considerando la genialidad de la misma como algo que no ejerce un derecho sobre él y consintiendo el deterioro al «por mayor» de la lengua y de su uso en aras de una conveniencia comercial o de una mayor precisión científica. Esto es una cosa. Un gran poeta, que ha «amado, y ha sido bien educado en su lengua materna», puede introducir también grandes modificaciones en ella, pero sus cambios en el lenguaje están hechos con el

espíritu del propio lenguaje: actúa desde el «interior». Es la propia lengua que padece las modificaciones la que las inspira. Y esto es otra cosa bien distinta; tan distinta como lo es la obra de Shakespeare de nuestro Curso Básico de Lengua. Es la diferencia entre la modificación desde dentro y la modificación desde fuera del lenguaje: entre lo orgánico y lo quirúrgico.

Del mismo modo, el *Tao* admite el desarrollo desde su interior. Quienes comprenden y han sido guiados por el espíritu del *Tao* pueden modificarlo en las diversas direcciones que su propio espíritu les sugiere. Y sólo éstos pueden saber qué direcciones son éstas. El que es ajeno a él, nada sabe del tema. Sus intentos de modificar se contradicen por sí mismos, como hemos visto. Lejos de ser capaz de armonizar las discrepancias en su formulación profundizando en su espíritu, simplemente extrae algún precepto que le llama la atención a causa de los accidentes de tiempo y espacio, y lo conduce a la muerte, pues no puede dar razón de él. Sólo desde el interior del *Tao* mismo se tiene autoridad para modificar el *Tao*. Esto es lo que indicaba Confucio cuando dijo: «Es inútil aceptar consejo de quienes siguen un Camino distinto»[32]. Por la misma razón Aristóteles advirtió que sólo aquellos que hubieran sido correctamente educados podrían estudiar ética: para el hombre corrupto, el que es ajeno al *Tao*, el auténtico punto de partida de esta ciencia

[32] *Anales de Confucio*, XV.39.

es invisible[33]. Puede ser hostil pero nunca crítico: no sabe lo que está en discusión. Y por esto se ha dicho: «La gente que no conoce la ley es detestable»[34], y también: «El que cree no será maldito»[35]. Una mente abierta es útil en los asuntos que no conciernen a las cuestiones últimas. Pero una mente abierta respecto a las cuestiones últimas que plantean tanto la Razón Teórica como la Razón Práctica es una idiotez. Si un hombre mantiene una posición abierta frente a estas cuestiones, por lo menos debe mantener la boca cerrada, pues sobre ellas nada podrá decir: desde fuera del *Tao* no hay un fundamento para criticar el propio *Tao* ni para criticar ninguna otra cosa.

Existen casos particulares en los que, sin duda, es cuestión delicada el decidir dónde termina la legítima crítica interna y dónde empieza la nefasta crítica externa. En cualquier caso, siempre que se desafía a un precepto de la moral tradicional a mostrar su validez como si recayera sobre él el peso de la prueba, habremos elegido la postura errónea. La tentativa legítima del reformista es la de demostrar que el precepto en cuestión entra en conflicto con algún otro precepto que los defensores del primero admiten como más esencial incluso; o bien que no materializa el juicio de valor al que debería encarnar. El ataque frontal «¿Por

---

33 *Eth. Nic.* 1095 B, 1140 B, 1141 A.

34 Juan 7,49. El que hablaba lo hacía con malicia, pero con más verdad de la que pretendía. Cf. Juan 8,51.

35 Marcos 16,6.

qué?; ¿qué bien hace?; ¿quién lo ha dicho?» no es nunca admisible; y no porque sea severo u ofensivo, sino porque ningún juicio de valor se puede justificar a ese nivel. Si se insiste en *tal* tipo de proceso se acabaría con todos los valores y, de este modo, se acabaría con las bases que fundamentan tanto la crítica como el objeto de la misma. No se le debe poner una pistola en la sien al *Tao*. Tampoco debemos posponer la obediencia a un precepto en tanto se verifica su validez. Sólo aquellos que practican el *Tao* lo entenderán. El hombre instruido, el *cuor gentil*, y sólo él, es capaz de reconocer la Razón cuando ésta se presenta[36]. Es Pablo, el fariseo, el hombre «perfecto hasta el punto de lindar con la ley», quien reconoce cómo y dónde es deficiente la ley[37].

Con el fin de evitar malos entendidos, tengo que añadir que, a pesar de ser yo mismo teísta, e incluso cristiano, no estoy aquí esbozando ningún argumento indirecto a favor del teísmo. Tan sólo estoy argumentando que si debemos tener «de algún modo» valores, debemos aceptar los principios últimos de la Razón Práctica como algo con validez absoluta: así, cualquier tentativa, siendo escépticos en este punto, de volver a introducir el valor más abajo, sobre una base supuestamente más «realista», está condenada al fracaso. Que esta posición implique un

36 *República*, 402 A.
37 Flp 3,6.

origen sobrenatural del *Tao* o no, no es una cuestión que me interese precisar aquí.

Entonces, ¿cómo se puede esperar que la mente moderna acepte la conclusión a la que hemos llegado? Este *Tao* al que parece que debemos atender como algo absoluto es, simplemente, un fenómeno como cualquier otro: el reflejo en las mentes de nuestros antepasados del ritmo que la agricultura imponía a sus vidas o, incluso, de su fisiología. Hasta ahora sabemos cómo se producen, en teoría, tales fenómenos: pronto lo sabremos con detalles; y eventualmente seremos capaces de producirlos a voluntad. Por supuesto, cuando no sabíamos de *qué* modo se creó la mente, aceptamos este accesorio mental como un dato, incluso como un amo. Aun así, muchos objetos en la naturaleza que fueron nuestros amos se han convertido en nuestros esclavos. ¿Por qué no también éste? ¿Por qué se debe quedar corta nuestra conquista de la naturaleza, en estúpida reverencia, ante este elemento último y resistente de la «naturaleza» que hasta ahora se ha llamado conciencia del hombre? Nos amenazan con oscuros desastres si nos apartamos de ella: pero nos han amenazado en ese sentido los oscurantistas a cada paso de nuestro caminar, y todas las veces se ha mostrado falsa tal amenaza. Dicen que nos quedaremos sin valores si nos apartamos del *Tao*. Muy bien: probablemente, descubriremos que podemos desenvolvernos con comodidad sin ellos. Consideremos todas las ideas

sobre lo que *tenemos* que hacer únicamente como una interesante rémora psicológica: apartémonos de todo eso y empecemos a hacer lo que nos plazca. Decidamos por nosotros mismos lo que debe ser el hombre y hagamos que lo sea: pero no sobre la base de un valor imaginado, sino porque queremos que sea eso y no otra cosa. Una vez dominado nuestro entorno, dominémonos a nosotros mismos y elijamos nuestro propio destino.

Ésta es una posición muy plausible: y a los que la sostienen no se les puede acusar de contradictorios como a los escépticos sin corazón que aún esperan encontrar valores «reales» cuando han desechado los tradicionales. Esto último supone el rechazo total del concepto de valor. Necesitaré otra lectura del problema para considerarlo.

III. LA ABOLICIÓN DEL HOMBRE

«La conquista de la Naturaleza por parte del hombre» es una expresión utilizada habitualmente para describir el progreso de las ciencias aplicadas. «El Hombre ha derrotado a la Naturaleza», le dijo alguien a un amigo mío hace poco tiempo. En su contexto, estas palabras tenían una cierta trágica belleza, pues quien las pronunciaba se estaba muriendo de tuberculosis. «No importa», siguió diciendo, «sé que soy una de las casualidades. Está claro que hay casualidades tanto en la parte ganadora como en la perdedora. Pero eso no altera el hecho de que sea ganadora». He elegido esta historia como punto de partida con el fin de poner en claro que no deseo menospreciar todo lo que de verdaderamente beneficioso existe en el proceso descrito como «La conquista humana», y mucho menos toda la verdadera pasión y el sacrificio personal que lo han hecho posible. Pero una vez dicho esto, debo proceder a analizar esta concepción un

poco más de cerca. ¿En qué sentido es el Hombre el poseedor de un poder creciente sobre la naturaleza?

Consideremos tres ejemplos típicos: el avión, la radio y los anticonceptivos. En una comunidad civilizada y en tiempo de paz, cualquiera que se lo pueda permitir puede hacer uso de estas tres cosas. Pero no se puede decir estrictamente que quien lo hace esté ejercitando su poder personal o individual sobre la Naturaleza. Si te pago para que me lleves no se puede decir que yo sea un hombre con poderío. Todas y cada una de las tres cosas que he mencionado les pueden ser negadas a algunos hombres por parte de otros hombres: por los que las venden, o por los que permiten la venta, o por los que poseen los medios de producción o por quienes los producen. Lo que llamamos el poder del Hombre es, en realidad, un poder que poseen algunos hombres, que pueden permitir o no que el resto de los hombres se beneficien de él. De nuevo, en lo que se refiere al poder del avión o de la radio, el Hombre es tanto el paciente u objeto como el poseedor de tal poder, puesto que es blanco tanto de las bombas como de la propaganda. En lo que respecta a los anticonceptivos, existe paradójicamente un sentido negativo por el que todas las posibles generaciones futuras son pacientes u objetos de un poder que ejercen sobre ellas los que aún viven. A través de la contracepción, simplemente se les niega la existencia; a través de la contracepción, usada como

medio de engendrar selectivamente, se les obliga a ser, sin que se les pida opinión, lo que una generación, por sus propias razones, pueda elegir. Bajo este punto de vista, lo que llamamos el poder del Hombre sobre la Naturaleza se revela como un poder ejercido por algunos hombres sobre otros con la Naturaleza como instrumento.

Por supuesto que es un tópico lamentarse de que, hasta ahora, los hombres han usado equivocadamente y contra sus propios congéneres el poder que la ciencia les ha otorgado. Ni siquiera es éste el punto sobre el que pretendo reflexionar. No me estoy refiriendo a abusos o corrupciones particulares que una mayor moralidad pudiera subsanar; estoy considerando lo que debe ser siempre y esencialmente lo que llamamos «el poder del Hombre sobre la Naturaleza». Sin duda, este cuadro se podría modificar con la estatalización de las materias primas y de las empresas y mediante el control público de la investigación científica. Pero, a menos que existiera un único Estado mundial, esto todavía significaría la preponderancia de unas naciones sobre otras. E incluso en esta única Nación o Estado mundial, significaría (en general) el poder de las mayorías sobre las minorías y (en particular) el poder del gobierno sobre el pueblo. Y todas las acciones de poder a largo plazo, especialmente en lo que respecta a la natalidad, significan el poder de las generaciones previas sobre las posteriores.

Este último punto no siempre se enfatiza lo suficiente, pues los estudiosos de los asuntos sociales aún no han aprendido a imitar a los físicos en la consideración del tiempo como dimensión. A fin de comprender totalmente lo que el poder del Hombre sobre la Naturaleza y, por tanto, el poder de algunos hombres sobre otros, significa realmente, debemos considerar en el tiempo la raza humana, desde la fecha de su aparición hasta la de su extinción. Cada generación ejercita un poder sobre sus sucesores: y cada una, en la medida en que modifica el medio ambiente que hereda y en la medida en que se rebela contra la tradición, limita y se resiste al poder de sus predecesores. Esto modifica el cuadro que, a veces, se nos presenta: una progresiva emancipación frente a la tradición y un control progresivo de los procesos naturales resultantes del continuo incremento del poder humano. En realidad, por supuesto, si cada generación realmente alcanzara, mediante una educación eugenésica y científica, el poder de realizar en sus descendientes lo que ella deseara, cualquier hombre que viviera tras dicha generación sería objeto de tal poder. Y no sería más fuerte, sino más débil: aunque hayamos podido poner útil maquinaria en sus manos, habremos prefijado cómo se debe usar. Y si, como suele suceder, la generación que hubiera logrado el máximo poder sobre la posteridad fuera también la generación más emancipada de la tradición, se vería comprometida en

reducir el poder de sus predecesores tan drásticamente como el de sus sucesores. También tenemos que recordar que, aparte de esto, cuanto más reciente es una generación, tanto más cercana está de la fecha en que las especies se hayan de extinguir, y tanto menos poder tendrá para avanzar, pues sus sujetos serán cada vez menos en número. Por consiguiente, no se puede plantear la cuestión del poder conferido a la raza como algo que se asienta con firmeza en la medida en que la raza progresa. Los últimos hombres, lejos de ser los herederos del poder, serán sobre todo los más sujetos a la mano mortal de los grandes planificadores y manipuladores, y serán menos capaces de ejercer un poder sobre el futuro.

El cuadro resultante es el de una época dominante —pongamos por caso el siglo X d.C.— que resiste con éxito a las generaciones precedentes y domina de forma irresistible a las posteriores y, por tanto, es la auténtica guía de la especie humana. Y centrándonos en esta generación (que es en sí una minoría infinitesimal de la especie), el poder lo ejercerá una minoría aún más reducida. La conquista de la Naturaleza, si se cumple el sueño de ciertos científicos planificadores, resultará ser el proyecto de algunos cientos de hombres sobre miles de millones de ellos. Ni hay ni puede haber incremento alguno del poder por parte del Hombre. Todo poder conquistado *por* el hombre es también un poder ejercido *sobre* el hombre. Todo

avance debilita al tiempo que fortalece. En toda victoria, el general, además de triunfar, es también el esclavo que sigue al coche triunfal.

Aún no estoy considerando si el resultado de tales victorias ambivalentes es algo bueno o malo. Sólo pretendo clarificar lo que significa la conquista de la Naturaleza verdaderamente y, en especial, cuál es el peldaño final de tal conquista (peldaño que, por otra parte, no parece estar lejano). El peldaño final se alcanza cuando mediante la eugenesia, mediante la manipulación prenatal y mediante una educación y una propaganda basadas en una perfecta psicología aplicada, el Hombre logra un completo control sobre sí mismo. La naturaleza *humana* será el último eslabón de la Naturaleza que capitulará ante el Hombre. En ese momento se habrá ganado la batalla. Habremos «arrancado el hilo de la vida de las manos de Cloto» y, en adelante, seremos libres para hacer de nuestra especie aquello que deseemos. La batalla estará, ciertamente, ganada. Pero ¿quién, en concreto, la habrá ganado?

El poder del Hombre para hacer de sí mismo lo que le plazca significa, como hemos visto, el poder de algunos hombres para hacer de otros lo que *les* place. No cabe duda de que siempre, a lo largo de la historia, la educación y la cultura, de algún modo, han pretendido ejercer dicho poder. Pero la situación que tenemos en ciernes es novedosa en dos aspectos. En primer lugar, el poder estará magnificado.

Hasta ahora, los planes educativos han logrado poco de lo que pretendían y de hecho, cuando los repasamos (cómo Platón considera a cada niño «un bastardo que se refugia tras un pupitre», y cómo Elyot desearía que el niño no viese hombre alguno hasta los siete años y, cumplida esta edad, no viese a ninguna mujer[38], y cómo Locke quiere a los niños con zapatos rotos y sin aptitudes para la poesía[39]) podemos agradecer la beneficiosa obstinación de las madres reales, de las niñeras reales, y, sobre todo, de los niños reales por mantener la raza humana en el grado de salud que todavía tiene. Pero los que moldeen al hombre en esta nueva era estarán armados con los poderes de un estado omnicompetente y una irresistible tecnología científica: se obtendrá finalmente una raza de manipuladores que podrán, verdaderamente, moldear la posteridad a su antojo.

La segunda diferencia es, si cabe, más importante aún. En los antiguos sistemas, tanto el tipo de hombre

---

38 *El Libro llamado del Gobierno*, I.IV: «Todo hombre, salvo los especialistas físicos, debe ser apartado y alejado del cuidado de los niños». I.VI: «Después de que un chico alcance la edad de siete años [...] lo más aconsejable es desligarlo de toda compañía femenina».

39 *Algunas reflexiones sobre la Educación*, 7: «También recomiendo que *se lave los pies* con agua fría todos los días, y que lleve zapatos tan finos que se humedezcan y *hagan agua* con sólo pasar cerca de ella». 174: «Lo último en el mundo que un padre podría desear es que su hijo tuviera inspiración poética; y debería sufrir si ésta fuera respetada y persistiera. Creo que los padres deben empeñarse en reprimirla y suprimirla en la medida en que les sea posible». Ya se ve que Locke es uno de nuestros educadores con mayor sensibilidad.

que los educadores han pretendido producir como sus motivos para hacerlo estaban prescritos por el *Tao*: una norma a la que estaban sujetos los propios maestros y frente a la que no pretendían tener la libertad de desviarse. No aquilataban a los hombres según un esquema por ellos preestablecido. Manejaban lo que habían recibido: iniciaban al joven neófito en el misterio de la humanidad que a ambos concernía; es decir: los pájaros adultos enseñando a volar a los jóvenes. Pero esto se modificará. Los valores no son simplemente fenómenos naturales. Se pretende generar juicios de valor en el alumno como resultado de una manipulación. Sea cual fuere el *Tao*, será el resultado y no el motivo de la educación. Los Manipuladores se han emancipado de todo esto. Han conquistado una parcela más de la Naturaleza. El origen último de toda acción humana ya no es, para ellos, algo dado. Es algo que manejan, como se hace con la electricidad: es misión de los Manipuladores controlar dicho origen y no someterse a él. Saben cómo *concienciar* y qué tipo de conciencia suscitar. Ellos se sitúan aparte, por encima. Estamos considerando el último eslabón de la lucha del Hombre ante la Naturaleza. La última victoria se ha producido. La naturaleza humana ha sido conquistada y también, por consiguiente, ha conquistado, sea cual fuere el sentido de dichas palabras.

Los Manipuladores, en ese punto, estarán en condiciones de elegir el tipo de *Tao* artificial que quieran

imponer, según sus propias razones adecuadas, sobre la raza humana. Son los motivadores, los creadores de motivos. Pero ¿a partir de dónde sacarán ellos esos motivos?

En principio, quizás tengan reminiscencias en sus propias mentes del antiguo *Tao* «natural». Por tanto, se considerarán a sí mismos como servidores y guardianes de la humanidad y creerán tener el «deber» de hacerlo «bien». Pero sólo la confusión les permitirá permanecer en esta situación. Consideran el concepto de deber como el resultado de ciertos procesos que ahora pueden gobernar. Su victoria ha consistido, precisamente, en pasar del estado en que eran objetos de dichos procesos al estado en que los utilizan como herramientas. Una de las cosas que deben decidir ahora es si condicionamos al resto de tal modo que podamos seguir teniendo la vieja idea del deber y las antiguas reacciones ante él. ¿De qué manera les puede ayudar el deber a decidir una cosa así? Someten a juicio el propio deber: pero en dicho juicio el deber no puede ser al tiempo juez. Y, así, lo intrínsecamente «bueno» se queda estancado, no mejora. Saben con precisión cómo producir en nosotros una docena de concepciones diferentes del bien. La cuestión es cuál de ellas se lleva a la práctica, en caso de que se lleve alguna. Ninguna de las distintas concepciones del bien les puede ayudar a decidir. Es absurdo centrarse en algo que se compara para hacerlo modelo de comparación.

A alguien le podría parecer que estoy imaginando dificultades ficticias para mis Manipuladores. Otros críticos, más ingenuos, podrían preguntar: «¿Por qué presupones que son tan malvados?». Sin embargo, yo no presupongo que sean hombres malvados, pues ni siquiera son ya hombres —en el antiguo sentido de la palabra—. Son, si se quiere, hombres que han sacrificado su parte de humanidad tradicional a fin de dedicarse a decidir lo que a partir de ahora ha de ser la «Humanidad». «Bueno» y «malo», aplicadas a ellos, son palabras vacías, puesto que el contenido de las mismas se deriva, en adelante, de ellos mismos. No es ficticia, por consiguiente, la dificultad. Podemos suponer que fue posible decir: «Después de todo, la mayoría queremos más o menos lo mismo: comida, bebida e intercambios sexuales, diversión, arte, ciencia, y una vida lo más larga posible para los individuos y para la especie. Digámosles, simplemente: Esto es lo que nos gusta; y manipulemos a los hombres de modo que logremos el objetivo. ¿Cuál es el problema?». Pero no es ésta la respuesta. En primer lugar, es falso que a todos nos gusten las mismas cosas. Pero aunque así fuera, ¿qué motivo impulsa a los Manipuladores a despreciar satisfacciones y vivir días laboriosos a fin de que, en el futuro, tengamos lo que nos gusta? ¿Su deber? Su deber no es otro que el *Tao*, que decidirán si imponernos o no, pero que no será válido para ellos. Si lo aceptan ya no serían los que deciden

sobre las conciencias, sino que aún estarían sujetos al *Tao* y, en tal caso, no habría acontecido la conquista definitiva de la Naturaleza. ¿La preservación de las especies? ¿Por qué han de ser protegidas las especies? Uno de los problemas que dejarían tras ellos sería si a este sentimiento hacia la posteridad (que bien saben ellos cómo producir) se le debe dar o no continuidad. No importa cuánto se retrotraigan o cuánto profundicen, pues no encontrarán base alguna sobre la que fundamentarlo. Todo motivo que pretendan poner en juego se convertirá, de primeras, en *petitio*. No es que sean hombres malvados; es que no son hombres en absoluto. Apartándose del *Tao* han dado un paso hacia el vacío. Y no es que sean, necesariamente, gente infeliz. Es que no son hombres en absoluto: son artefactos. La conquista final del Hombre ha demostrado ser la abolición del Hombre.

Pero no se detendrán aquí los Manipuladores. Donde acabo de decir que todos los motivos les han fallado, debería haber dicho que les han fallado todos menos uno. Cualquier motivo cuya validez pretenda tener un peso más allá del sentimiento experimentado en un momento dado, les ha fallado. Se ha justificado todo salvo el *sic volo, sic jubeo*. Pero lo que nunca precisó de objetividad no lo puede destruir el subjetivismo. El impulso para rascarme cuando algo me pica o de desmontar un objeto cuando tengo curiosidad por él es indiferente frente al hecho de que estas

acciones resulten ser fatales para mi justicia, mi honor o mi preocupación por la posteridad. Cuando todo el que dice «Es bueno» es menospreciado, prevalece el que dice «Yo quiero»; y no se puede refutar ni esclarecer porque nunca se tuvo la pretensión de hacerlo. Los Manipuladores, por tanto, se motivan simplemente por su propia apetencia. No estoy hablando aquí de la corrupta influencia del poder, ni pretendo expresar el temor de que los Manipuladores degeneren bajo la influencia del mismo. Las auténticas palabras *corrupto* y *degenerado* implican una doctrina de valores y, por tanto, no tienen sentido en este contexto. Mi punto de vista es que quienes se mantienen al margen de todo juicio de valor no pueden tener fundamento alguno para preferir uno de sus impulsos a otro más allá de la fuerza sentimental de los mismos.

Podemos, legítimamente, esperar que de entre todos los impulsos que llegan a mentes así vaciadas de todo motivo «racional» o «espiritual», algunos de ellos sean bondadosos. Dudo mucho de que estos impulsos bondadosos, arrancados de la preponderancia y la confianza que el *Tao* nos enseña a conferirles y abandonados simplemente a la fuerza natural y a la frecuencia que tienen como hechos psicológicos, ejerzan influencia alguna. Y dudo también mucho de que la historia nos muestre un solo ejemplo de un hombre que, habiéndose apartado de la moral tradicional y detentando un cierto poder, haya usado este poder

de manera benevolente. Más bien me inclino a pensar que los Manipuladores odiarían al manipulado. A pesar de considerar ilusoria la conciencia artificial que estos impulsos producen en nosotros, sus objetos, seguirían percibiendo que crean en nosotros una ilusión de significado para nuestras vidas comparable —a nuestro favor— a su propia futilidad: y nos envidiarían como los eunucos envidian a los hombres. Pero no quiero insistir en esto, pues es mera conjetura. Lo que no es conjetura es que nuestro deseo de una felicidad, incluso «condicionada», permanezca en lo que habitualmente llamamos «posibilidad»: la posibilidad de que los impulsos bondadosos predominen en el fondo en nuestros Manipuladores. Pues sin el juicio «la benevolencia es buena» (es decir, sin reconsiderar el *Tao*) no se puede hallar fundamento alguno para dar preponderancia o estabilidad a estos impulsos frente al resto. Según la lógica de su postura, deben aceptar los impulsos tal y como se dan, según una probabilidad. Y Probabilidad significa aquí Naturaleza. Los motivos de los Manipuladores brotarán de la herencia recibida, de la digestión, del tiempo que haga y de la asociación de ideas. Su racionalismo extremo —el profundizar más allá de todo motivo «racional»—, les hace ser criaturas de comportamiento totalmente irracional. Si no se obedece al *Tao*, o uno se suicida u obedecer al impulso (y, por tanto, en la Larga Carrera de la vida, a lo «natural») es la única vía posible.

De modo que, por el momento, de la victoria del Hombre sobre la Naturaleza se saca una conclusión: la sumisión de toda la raza humana a algunos hombres, y estos hombres sujetos a lo que en ellos es puramente «natural»: a sus impulsos irracionales. La naturaleza, sin el obstáculo de los valores, rige a los Manipuladores y, a través de ellos, a toda la humanidad. La conquista de la Naturaleza por parte del Hombre se revela, en el momento de su consumación, como la conquista del Hombre por parte de la Naturaleza. Y cada batalla que creemos ganar nos lleva, paso a paso, a esta misma conclusión. Todas las aparentes derrotas de la Naturaleza no han sido más que retiradas tácticas. Hemos creído contraatacar y ella sólo nos engañaba. La mano que parecía rendirse ante nosotros, realmente empuñaba el arma de la dominación permanente. Si se diera el caso de la existencia de un mundo totalmente planificado y manipulado (con el *Tao* reducido a mero producto de tal planificación), la Naturaleza no se volvería a preocupar de la inquieta especie que se revolvió contra ella hace ya muchos millones de años; no sería molestada ya más por la cháchara de la verdad, de la compasión, de la belleza y de la felicidad. *Ferum victorem cepit*: y si la eugenesia es verdaderamente eficaz no habrá una segunda revuelta, sino un acomodo a los Manipuladores; y los Manipuladores, a su vez, amoldados a ella hasta el día en que la luna se descuelgue o el sol se enfríe.

Mi punto de vista aclarará a algunos si se reformula de distinta manera. Naturaleza es una palabra de significados diversos, lo que se comprende mejor si se consideran los varios antónimos. Lo Natural es lo opuesto a lo Artificial, a lo Civil, a lo Humano, a lo Espiritual y a lo Sobrenatural. Lo Artificial no nos interesa en este momento. Sin embargo, si consideramos el resto de la relación de antónimos, creo que nos podemos hacer una primera idea de lo que los hombres han entendido por Naturaleza y por lo opuesto a ella. La Naturaleza parece ser lo espacial y lo temporal en contraposición a lo que es espacial y temporal en menor medida o no lo es en absoluto. Parece ser el mundo de lo cuantitativo, en contraposición al mundo de lo cualitativo; de los objetos frente a lo que tiene conciencia de sí; de lo predeterminado frente a lo que es total o parcialmente autónomo; de lo que no conoce el valor frente a lo que tiene y percibe el valor; de las causas efectivas (o, en algunos sistemas modernos, sin causalidad alguna) frente a las causas finales. Haré uso ahora de aquello de que si entendemos una cosa analíticamente y entonces la dominamos y la utilizamos para nuestra conveniencia, la reducimos a un nivel «natural», en el sentido de que omitimos los juicios de valor que suscita, ignoramos su causa final (si la hubiera), y la tratamos en términos cuantitativos. Esta reducción de elementos, en lo que de otra manera sería nuestra plena reacción ante

ella, es a veces muy significativa e, incluso, dolorosa: hay que vencer algún obstáculo antes de poder diseccionar a un hombre muerto o a un animal vivo en el laboratorio. Estos objetos se *resisten* al movimiento de la mente a causa del cual se les empuja al mundo de lo meramente Natural. Pero también en otros casos, un precio parecido se logra por la fuerza de nuestro conocimiento analítico o nuestro poder manipulador, aun en el caso de que lo hayamos dejado de tener en cuenta. No consideramos el árbol ni como Dríadas ni como un objeto bonito cuando lo talamos: y el primer hombre que lo hiciera debió haber sentido profundamente el precio a pagar; y los árboles resinados de Virgilio y Spenser debieron ser ecos remotos del primitivo sentido de la impiedad. Las estrellas perdieron su divinidad con el desarrollo de la astronomía, y el Dios Fecundo no tiene lugar en la agricultura química. Para muchos, qué duda cabe, este proceso es simplemente el descubrimiento gradual de que el mundo real es diferente del que imaginamos, y que la antigua oposición a Galileo o a los que desenterraban cadáveres con fines investigadores es, simplemente, oscurantismo. Pero esto es sólo parte de la historia. De entre los científicos modernos, no es el más grande el que percibe con seguridad que el objeto, una vez eliminadas sus propiedades cualitativas y reducido a mera cantidad, es totalmente real. Los científicos pequeños, y los pequeños seguidores acientíficos de

la ciencia, sí podrían pensar eso. Las grandes mentes saben muy bien que el objeto, si se manipula de este modo, es una abstracción artificial, porque se han omitido aspectos de su realidad.

Bajo este punto de vista, la conquista de la Naturaleza se nos presenta ante una nueva luz. Reducimos las cosas a mera Naturaleza con *el fin de* poder «conquistarlas». Siempre estamos conquistando la Naturaleza, *ya que* «Naturaleza» es el nombre que damos a lo que hemos conquistado de algún modo. El precio que se paga por la conquista es el de tratar las cosas como mera Naturaleza. Toda conquista de la Naturaleza incrementa el poder de ésta. Las estrellas no son Naturaleza mientras no podemos pesarlas y medirlas; el alma no es Naturaleza mientras no podemos psicoanalizarla. Arrebatar potencia a la Naturaleza es también hacer capitular las cosas ante la Naturaleza. En la medida en que este proceso se detiene cerca de la escena final, bien se puede sostener que los beneficios superan a los inconvenientes. Pero tan pronto como afrontamos el peldaño final de reducir nuestra propia especie al nivel de mera Naturaleza, todo el proceso se viene abajo, pues esta vez el sujeto que pretende obtener beneficios y el que resulta ser sacrificado coinciden. Éste es uno de los muchos ejemplos en los que desarrollar un principio hacia lo que parece ser su conclusión lógica produce un evidente absurdo. Es como aquel irlandés que se dio cuenta de

que un determinado tipo de estufa reducía a la mitad la factura de combustible y llegó a la conclusión de que usando dos de esas estufas podría calentar su casa sin utilizar combustible. Es la ganga que nos ofrece el mago: entrega tu alma, recibe poder a cambio. Pero una vez que hayamos entregado nuestras almas, es decir, que entregamos nuestras personas, el poder que se nos otorga no nos pertenecerá. Seremos, de hecho, esclavos y marionetas de aquello a lo que hayamos entregado nuestras almas: del poder del hombre para considerarse a sí mismo como mero «objeto natural» y para considerar sus juicios de valor como materia prima sujeta a libre manipulación científica. La objeción para proceder de tal modo no reside en el hecho de que este punto de vista sea desagradable o repulsivo (como la primera vez que se está en un quirófano) mientras nos acostumbramos a él: el desagrado y la impresión son como mucho una advertencia y un síntoma. La verdadera objeción es que si el hombre elige tratarse a sí mismo como materia prima, se convertirá en materia prima; no en materia prima a manipular por sí mismo, como con condescendencia imagina, sino a manipular por la simple apetencia, es decir, por la mera Naturaleza, personalizada en sus deshumanizados Manipuladores.

Hemos estado intentando, como el rey Lear, jugar en dos frentes: entregar nuestras prerrogativas humanas y, al tiempo, retenerlas. Y esto es imposible. O somos

espíritus racionales obligados a obedecer por siempre los valores absolutos del *Tao*, o bien somos mera materia a amasar y moldear según las apetencias de los amos, quienes, por hipótesis, no tienen otro motivo que sus impulsos «naturales». Sólo el *Tao* proporciona una ley humana de actuación común a todos, ley que abarca a legisladores y a leyes a un tiempo. Una creencia dogmática en un valor objetivo es necesaria a la idea misma de una norma que no se convierta en tiranía, y una obediencia que no se convierta en esclavitud.

No estoy pensando aquí exclusivamente, ni siquiera principalmente, en quienes son por el momento nuestros enemigos públicos. El proceso que, de no ser revisado, llevaría a la abolición del Hombre se extiende deprisa tanto entre comunistas y demócratas, como entre fascistas. Los métodos pueden diferir (en un primer momento) en el grado de brutalidad. Muchos científicos con anteojos y mirada candorosa, muchos actores populares, muchos filósofos aficionados entre nosotros tienen la misma significación de cara a la Larga Carrera que los legisladores nazis en Alemania. Los valores tradicionales deben ser menospreciados y la humanidad se debe adaptar a un molde fresco hecho a voluntad (voluntad que debe ser, por hipótesis, arbitraria) de algunos pocos afortunados de entre una generación afortunada que han aprendido cómo hacerlo. La creencia

de que podemos inventar «ideologías» a placer, y el consiguiente trato que se le da a la humanidad como meros ὕλη, como especímenes, como amasijos, llega a afectar incluso a nuestro lenguaje. Ayer matamos a los hombres malvados: ahora acabamos con los elementos insociables. La virtud se ha convertido en *integración*, y la diligencia en *dinamismo*, y los chicos que parecen dignos de consideración son «potenciales funcionarios». Lo más digno de todo, las virtudes de la prudencia y la moderación, e incluso la inteligencia ordinaria, es *resistencia al mercado*.

El verdadero significado de lo que hay en juego se ha ocultado con la utilización del Hombre abstracto. No es que la palabra Hombre sea necesariamente una abstracción. En el *Tao* mismo, en la medida en que permanecemos en él, nos damos cuenta de que la realidad concreta en la que participamos es la de ser verdaderamente hombres: la voluntad real y común y la razón común de la humanidad, viva, creciendo como un árbol y buscando nuevas direcciones —según las circunstancias— de expresión de lo bello y aplicación de lo digno. Mientras hablamos desde dentro del *Tao* podemos hablar del Hombre con poder sobre sí mismo en un sentido verdaderamente análogo a un autocontrol individual. Pero en el momento en que nos apartamos del *Tao* y lo consideramos como mero producto subjetivo, tal posibilidad desaparece. Lo que tienen ahora en común los hombres es una

abstracción universal, un máximo común divisor, y la Conquista de uno mismo por parte del Hombre significa simplemente el establecimiento de la norma de los Manipuladores sobre el material humano manipulado, el mundo de la post-humanidad que, unos consciente y otros inconscientemente, todos los hombres de todas las naciones en este momento trabajan por lograr.

Nada de lo que pueda decir puede hacer desistir a algunos de calificar estas páginas como un ataque a la ciencia. Rechazo la acusación, por supuesto: y los verdaderos Filósofos de la Naturaleza (todavía quedan algunos vivos) se darán cuenta que en la defensa de los valores estoy defendiendo *inter alia* el valor del conocimiento, que muere como cualquier otra cosa cuando se le cortan las raíces que le unen al *Tao*. Pero aún puedo ir más lejos. Sugiero que desde la propia Ciencia puede venir el remedio.

He calificado como la «ganga de un mago» el proceso por el que el hombre entrega objeto tras objeto, y en último término a sí mismo, a la Naturaleza, esperando adquirir poder en contrapartida. Y expliqué dicha afirmación. El hecho de que el científico haya tenido éxito mientras que el mago ha fracasado, ha contrastado de tal modo ambas posiciones de cara al saber popular que la verdadera historia del nacimiento de la Ciencia ha sido malinterpretada. Es posible incluso encontrar a gente que escribe sobre el siglo

XVI como si lo Mágico hubiera sido una herencia medieval y la Ciencia la cosa novedosa que surgió en un momento dado y eliminó del mapa a lo Mágico. Los que han estudiado dicho periodo conocen mejor la historia. Hubo muy poco de mágico en el Medievo: son los siglos XVI y XVII la eclosión de lo mágico. El verdadero esfuerzo mágico y el verdadero esfuerzo científico son hermanos gemelos: uno estaba enfermo y pereció, y el otro estaba sano y prosperó. Pero fueron hermanos gemelos. Nacieron a partir del mismo impulso. Admito que algunos de los primeros científicos (pero no ciertamente todos) pudieran surgir por puro amor al conocimiento. Pero si consideramos el temperamento de dicha época como un todo podemos discernir acerca del impulso del que estoy hablando.

Hay algo que une lo mágico y la ciencia aplicada y que separa a ambas de la «sabiduría» de tiempos anteriores. Para los antiguos hombres sabios, el problema cardinal era cómo adaptar el alma a la realidad, y la solución fue el conocimiento, la autodisciplina y la virtud. Para lo mágico y para la ciencia aplicada, el problema es cómo adaptar la realidad a los deseos del hombre: y la solución es una determinada técnica; y ambos, aplicando dicha técnica, están preparados para hacer cosas que hasta entonces se habían considerado desplacientes e impías, como desenterrar y mutilar a los muertos.

Si comparamos al pregonero mayor de la nueva era (Bacon) con el Fausto de Marlowe, las similitudes son impresionantes. Se puede leer en diversas críticas que Fausto tenía sed de conocimiento. En realidad, a duras penas se habla de esto en la obra. No es cierto que pretenda algo de los demonios, sino que quiere oro, armas y mujeres. «Todo lo que se mueve entre la quietud de los dos polos seguirá este mandamiento» y «un sonido mágico es un dios poderoso»[40]. En la misma línea, Bacon condena a los que valoran el conocimiento como un fin en sí mismo: esto, para él, es como utilizar a una señorita para obtener placer en lugar de una esposa para obtener frutos[41]. El verdadero objetivo es extender el poder del Hombre a la realización de cuantas cosas sean posibles. Rechaza lo mágico porque no funciona[42]; pero su meta es la misma que la del mago. En Paracelso, los papeles del mago y el científico se intercambian. Qué duda cabe de que quienes fundaron verdaderamente la ciencia moderna fueron normalmente aquellos cuyo amor por la verdad superaba a su amor por el poder; en todo movimiento aglutinador, la eficacia la consiguen los elementos positivos y no los negativos. Pero la presencia de elementos negativos es relevante para la dirección en que dicha eficacia se pone en

---

40 *Dr. Faustus*, 77-90.

41 *Avance de la Educación*, libro 1 (p. 60 en Ellis y Spedding, 1905; p. 35 en Everyman Edition).

42 *Filum Labyrinthi*, I.

juego. Quizás sería ir muy lejos el afirmar que el movimiento científico moderno estaba viciado desde su nacimiento: pero pienso que sería cierto afirmar que nació en un barrio poco recomendable y a una hora poco propicia. Sus triunfos pueden haberse conseguido demasiado rápido y el precio pagado puede haber sido demasiado caro: sería necesaria una reconsideración, y algo así como un arrepentimiento.

¿Es posible, entonces, imaginar una nueva Filosofía Natural, continuamente consciente de que el «objeto de la naturaleza» producido por el análisis y la abstracción no es la realidad sino tan sólo un punto de vista siempre dispuesto a corregir dicha abstracción? Apenas sé lo que estoy pidiendo. He oído rumores de que el acercamiento de Goethe a la naturaleza merece mayor consideración; que incluso el Dr. Steiner pudiera haber encontrado algo en lo que los investigadores ortodoxos no hubieran recapacitado. La ciencia regenerada que tengo en mente no haría siquiera con el reino mineral y el vegetal lo que la ciencia moderna pretende hacer con el mismísimo hombre. No explicaría nada dándolo por descontado. Cuando hablase de las partes no debería olvidar el todo. Estudiando *la cosa* no debería perder de vista lo que Martin Buber llama la situación del Tú. La analogía entre el *Tao* del Hombre y el instinto de una especie animal significa para la ciencia el proyectar nueva luz sobre lo que se desconoce (el instinto) mediante la realidad conocida

desde dentro, que es la conciencia, y no mediante la reducción de la conciencia a la categoría de Instinto. Sus seguidores no serán libres con las palabras *sólo* o *simplemente*. Resumiendo, conquistaría la Naturaleza sin ser, al tiempo, conquistada por ella, y compraría el conocimiento a menor precio que el de la vida.

Quizás estoy pidiendo cosas imposibles. Quizás, según la naturaleza de las cosas, la comprensión analítica debe ser siempre semejante a un basilisco que mata lo que ve y sólo es capaz de ver al matar. Pero si los propios científicos no pueden detener este proceso antes de que alcance a la Razón común y la destruya también, entonces alguien debe detenerlo. Lo que más temo es la réplica de que no soy «más que otro» oscurantista; que esta barrera, como cualquier barrera anterior levantada contra el progreso de la ciencia, se puede traspasar sin problemas. Tal réplica se da desde la nefasta concepción «serial» de la imaginación moderna: la imagen que se repite en nuestras mentes de una progresión infinita en una sola dirección. Debido a que trabajamos frecuentemente con números, tendemos a imaginar todo proceso como si fuera una serie numérica, donde cada paso, por siempre jamás, es el mismo tipo de paso que el anterior. Les ruego que se acuerden del ejemplo del irlandés y las dos estufas. Hay progresiones en las que el último paso es *sui generis* —incomparable con el resto— y en las que recorrer todo el camino es deshacer el trabajo del

camino recorrido. Reducir el *Tao* a mero producto de la naturaleza es un paso de tal tipo. En ese punto, el tipo de explicación que justifica las cosas nos debería rentar algo, aún a alto costo. Pero uno no puede estar «justificando» continuamente: se llegaría a justificar la propia justificación. No se puede «ver a través de las cosas» permanentemente. El objetivo de mirar a través de algo es que se vea algo. Es bueno que la ventana sea transparente porque la calle o el parque que se ven a través de ella son opacos. ¿Qué pasaría si el parque también fuera transparente? Es inútil intentar «ver a través» de los principios últimos. Si uno trata de ver a través de todo, entonces todo es transparente. Pero un mundo totalmente transparente es un mundo invisible. «Ver a través» de todas las cosas es lo mismo que no ver nada.

APÉNDICE

Ilustraciones del Tao

Las siguientes ilustraciones de la ley Natural están recogidas de fuentes que me han ido llegando de forma natural, sin pretensiones propias de un historiador de profesión. El elenco no pretende ser exhaustivo. Se debe notar que citas de escritores como Locke y Hooker, que escribieron dentro de la tradición cristiana, se reseñan al lado de citas del Nuevo Testamento. Esto sería absurdo, por supuesto, si se tratara de recoger testimonios independientes del *Tao*. No pretendo, de este modo, demostrar su validez mediante el argumento de la aprobación general; su validez no se puede demostrar. Para quienes no perciben su racionalidad, ni siquiera esta aprobación general vendría a demostrar nada. La idea de recoger testimonios *independientes* presupone que las «civilizaciones» se han levantado en la historia independientemente unas de otras; o incluso que la humanidad ha tenido diversas apariciones en el planeta independientes entre

sí. Pero la biología y la antropología implicadas en tal concepción son de procedencia extremadamente dudosa. Porque es cierto, sin duda alguna, que no ha existido (en el sentido amplio de la expresión) más que una única civilización en toda la historia; pues siempre se puede argumentar que cualquier civilización que consideremos, procede de otra civilización y, en último extremo, de un centro único, propagado como una enfermedad infecciosa o como la sucesión apostólica.

La ley de la beneficencia general

a. En negativo

«No he matado». (Tradición egipcia. De la Confesión del Alma Justa, «Libro de la Muerte». V. *Encyclopedia of Religion and Ethics*. ERE, vol. V, p. 478)

«No matarás». (Tradición judía. Éxodo 20,13)

«No atemorices a los hombres o Dios te atemorizará a ti». (Tradición egipcia. Preceptos de Ptahhetep. H.R. Hall, *Historia Antigua del Oriente Próximo*, p. 133)

«En el Nástrond (Infierno) vi... asesinos». (Tradición nórdica. *Volospá* 38,39)

«No he causado desgracia alguna a mis semejantes. No he hecho más arduo el inicio de cada jornada a los ojos de los que trabajan para mí». (Tradición egipcia. Confesión del Alma Justa. ERE v.478)

«No he sido codicioso». (Tradición egipcia. Ibíd.)

«Quien ejerce opresión, busca la ruina de su morada». (Babilonio. *Himno a Samas*. ERE v.495)

«Aquel que es cruel y calumniador tiene el carácter de un gato». (Hindú. Leyes de Manu. Janet, *Historia de la Ciencia Política*, vol. I, p. 6)

«No calumniarás». (Babilonio. *Himno a Samas*, ERE v.445)

«No darás falso testimonio contra tu prójimo». (Tradición judía. Éxodo 20,16)

«No pronuncies una palabra que puede herir a alguien». (Hindú. Janet, p. 7)

«¿Ha apartado a un hombre honesto de su familia? ¿Ha roto un clan fuertemente unido?». (Babilonio. Relación de Pecados de las tablas del Conjuro. ERE v.446)

«No he causado hambre. No he causado tribulación». (Tradición egipcia. ERE v.478)

«No hagas con los demás lo que no quieras que hagan contigo». (Tradición china. *Anales de Confucio*, traducción de A. Waley, XV.23; cf. XII.2)

«No guardes rencor en tu corazón a tu hermano». (Tradición judía. Levítico 19,17)

«Aquel cuyo corazón está orientado hacia la bondad incluso en su grado mínimo, a nadie disgustará». (Tradición china. *Anales*, IV.4)

b. En positivo

«Por Naturaleza se sigue que un hombre puede desear que exista la sociedad y desear pertenecer a ella». (Tradición romana. Cicerón, *De Officiis*, I.IV)

«Por la ley fundamental de la Naturaleza, el hombre debe ser preservado en la mayor medida posible». (Locke, *Tratado de Gobierno Civil*, II.3)

«Cuando la gente se haya multiplicado, ¿qué se podrá hacer por ellos? El Maestro dijo: enriquecedlos. Jan Ch'iu dijo: Cuando se les haya enriquecido, ¿qué se podrá hacer por ellos? El Maestro dijo: instruidlos». (Tradición china. *Anales*, XIII.9)

«Habla con ternura... demuestra buena voluntad». (Babilonio. *Himno a Samas*. ERE v.445)

«Los hombres vinieron a la existencia por el deseo de los propios hombres de hacerse el bien mutuamente». (Romano. Cicerón, *De Off.*, I.VII)

«El hombre es la maravilla del hombre». (Tradición nórdica. *Hávamál* 47)

«A quien se le pida limosna debería siempre darla». (Hindú. Janet, I.7)

«¿Qué hombre de bien contempla las desdichas como algo que no le concierne?». (Romano. Juvenal XV.140)

«Hombre soy: nada de lo humano me es ajeno». (Romano. Terencio, *Heaut. Tim.*)

«Ama a tu prójimo como a ti mismo». (Tradición judía. Levítico 19,18)

«Ama al forastero como a ti mismo». (Tradición judía. Ibíd. 33,34)

«Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo vosotros también a ellos». (Tradición cristiana. Mt 7,12)

La ley de la beneficencia especial

«Bajo una única perspectiva trabaja el gentilhombre. Cuando ésta está firmemente alcanzada, el Camino se esclarece. Ciertamente, la conducta correcta hacia nuestros padres y hermanos mayores es la perspectiva de la bondad». (Tradición china. *Anales*, I.2)

«Los hermanos lucharán entre sí y serán la ruina unos para otros». (Tradición nórdica. Leyenda de la Época Perversa previa al Fin del Mundo, *Volospá* 45)

«¿Ha insultado a su hermana mayor?». (Babilonio. Relación de Pecados, ERE v.446)

«Les veréis ocuparse de los suyos y de los hijos de sus amigos... sin rechazarlos en absoluto». (Redskin. Le Jeune, citado en ERE v.437)

«Ama a tu mujer con delección. Acontenta su corazón durante toda la vida». (Tradición egipcia. ERE v.481)

«Nada puede jamás cambiar los anhelos de bondad de un hombre bien pensante». (Anglosajón. *Beowulf*, 2600)

«¿No amó Sócrates a sus hijos, a pesar de que lo hizo como hombre libre y consciente de que los dioses

tienen la primera palabra en nuestra amistad?». (Griego. Epicteto, III.24)

«La afección natural es una cosa justa y acorde a nuestra Naturaleza». (Griego. Ibíd., I.XI)

«No debo ser insensible como una estatua, sino que debo desarrollar al máximo mis relaciones naturales y artificiales como devoto, como hijo, como hermano, como padre y como ciudadano». (Griego. Ibíd. III.II)

«Te comunico esta máxima: sé condescendiente con tus hijos. No tomes venganza cuando yerren». (Tradición nórdica. *Sigrdrifumál*, 12)

«¿Sólo los hijos de Atreus aman a sus mujeres? Todo hombre de bien, de mente recta, ama y estima a los suyos». (Griego. Homero, *Ilíada*, IX.340)

«La unión y el compañerismo entre los hombres serán cultivados si cada cual recibe de nosotros mayor atención en la medida en que nos es cercano». (Romano. Cicerón, *De Off.*, I.XVI)

«Parte de nuestro ser lo reclama nuestro país, parte nuestros padres, parte nuestros amigos». (Romano. Ibíd. I.VII)

«¿Si un gobernante [...] lograra la salvación de todo el Estado, lo llamarías Bueno? El Maestro dijo: no sería ya una cuestión de "Bondad". Sería, sin duda alguna, un Sabio Divino». (Tradición china. *Anales*, VI.28)

«¿Te das cuenta de que, a los ojos de los dioses y de los hombres de bien, tu tierra natal merece de ti más honor, adoración y reverencia que tu madre y que tu

padre y que todos tus ancestros? ¿Que deberías responder con mayor cariño a su enfado que al de tu padre? ¿Que si no puedes persuadirla de que cambie su modo de pensar debes obedecerla sin rechistar, tanto si te obliga a hacer algo como si te maltrata o te envía a la guerra donde te pueden herir o matar?». (Griego. Platón, *Crito*, 51 A,B)

«Quien no se preocupa de los suyos, y especialmente de los de su casa, ha renegado de su fe». (Tradición cristiana. 1 Tm 5,8)

«Recuérdales que acaten al gobierno y autoridades». [...] «Te ruego que se hagan oraciones por los reyes y por todos los constituidos en autoridad». (Cristiano. Tit 3,1 y Tm 2,1-2)

Obligaciones con nuestros padres, mayores y ancestros

«Tu padre es imagen del Señor de la Creación; tu madre es imagen de la Tierra. Para quien los deshonra, toda obra de piedad es en vano. Éste es el primer deber». (Hindú. Janet, i.9)

«¿Ha menospreciado a su Padre o a su Madre?». (Babilonio. Relación de Pecados. ERE v.446)

«Yo era un empleado al lado de mi padre... iba y venía según me mandaba». (Tradición egipcia. Confesión del Alma Justa. ERE v.481)

«Honra a tu Padre y a tu Madre». (Tradición judía. Éxodo 20,12)

«Cuida de tus padres». (Griego. Relación de deberes en Epicteto, III.vii)

«Los niños, los ancianos, el pobre y el enfermo deberían ser considerados los señores de la atmósfera». (Hindú. Janet, i.8)

«Álzate ante las canas y honra al anciano». (Tradición judía. Levítico 19,32)

«Yo cuidé del anciano, le di mi bastón». (Tradición egipcia. ERE v.481)

«Les verás ocuparse... de los ancianos». (Redskin. Le Jeune, citado en ERE v.437)

«No he sustraído las oblaciones del santo difunto». (Tradición egipcia. Confesión del Alma Justa. ERE v.478)

«Cuando se muestra un respeto apropiado hacia el difunto en el momento final y perdura cuando éste está ya lejano, la fuerza moral(tê) de un pueblo alcanza su punto álgido». (Tradición china. *Anales*, i.9)

Deberes hacia nuestros hijos y hacia la posteridad

«Los niños, los ancianos, el pobre, etc., deben ser considerados los señores de la atmósfera». (Hindú. Janet, i.8)

«Casarse y engendrar hijos». (Griego. Relación de deberes. Epicteto, III.vii)

«¿Puedes imaginarte una comunidad de naciones epicúreas? [...] ¿Qué sucedería? ¿De dónde procedería la

población a sustentar? ¿Quién les educaría? ¿Quién sería el Tutor de los Jóvenes? ¿Quién sería el Director de Educación Física? ¿Qué se enseñaría?». (Griego. Ibíd.)

«La Naturaleza genera un amor especial hacia los hijos» y «Vivir acorde a nuestra Naturaleza es el bien supremo». (Romano. Cicerón, *De Off.*, I.XXII)

«El niño es digno del máximo respeto». (Romano. Juvenal, XIV.47)

«El maestro dijo: respetad a los jóvenes». (Tradición china. *Anales*, IX.22)

«La matanza de las mujeres y, muy especialmente, de los chicos y chicas jóvenes que suponen la fuerza futura de un pueblo, es la parte más triste [...] y lo sentimos profundamente». (Redskin. Relato de la Batalla de la Rodilla Herida. ERE v.432)

La ley de la justicia

a. Justicia sexual

«¿Se ha acercado a la mujer de su vecino?». (Babilonio. Relación de Pecados. ERE v.446)

«No cometerás adulterio». (Tradición judía. Éxodo 20,14)

«En el Nástrond (Infierno) vi [...] a los seductores de las mujeres de otros». (Tradición nórdica. *Volospá* 38,39)

b. Honestidad

«¿Ha establecido falsos límites?». (Babilonio. Relación de pecados. ERE v.446)

«Errar, robar, incitar al robo». (Babilonio. Ibíd.)

«No he robado». (Tradición egipcia. Confesión del Alma Justa. ERE v.478)

«No robarás». (Tradición judía. Éxodo 20,15)

«Prefiere las pérdidas a las ganancias vergonzosas». (Griego. Chilon Fr. 10. Diels)

«La justicia es la intención estipulada y permanente de hacer valer los derechos de cada hombre». (Romano. Justiniano, *Instituciones*, I.I)

«Si un nativo hacía cualquier clase de "descubrimiento" —por ejemplo, el de un *Hovenia dulcis*[43]— y lo marcaba, en lo que se refiere a los indígenas de su tribu, se le reservaba en adelante a él, sin importar cuánto tiempo hiciera de ello». (Aborígenes australianos. ERE v.441)

«El primer aspecto de la *justicia* es que no se debe causar daño a alguien a menos que haya sido dañado por la conducta incorrecta del otro. El segundo es que el hombre debe tratar la propiedad pública como propiedad pública, y la propiedad privada como algo suyo. No hay nada, por naturaleza, como la propiedad privada; pero las cosas se deben convertir en privadas bien mediante ocupación prior (como cuando en el

[43] Sarmiento japonés o vid japonesa (ndt).

pasado los hombres llegaban a un territorio inhóspito) o bien mediante conquista, ley, acuerdo, pacto o repartición». (Romano. Cicerón, *De Off.*, I.VII)

c. Justicia en los tribunales

«Quien no acepta soborno [...] le es grato a Samas». (Babilonio. ERE v.445)

«No he difamado al esclavo ante quien está por encima de él». (Tradición egipcia. Confesión del Alma Justa. ERE v.478)

«No darás falso testimonio contra tu prójimo». (Tradición judía. Éxodo 20,16)

«Estima tanto a quien conoces como a quien no». (Tradición egipcia. ERE v.482)

«No daréis sentencias injustas. No serás parcial ni por favorecer al pobre ni por honrar al rico». (Tradición judía. Levítico 19,15)

La ley de la buena fe y de la veracidad

«El sacrificio se mancha con la mentira, y el mérito de la limosna con el fraude». (Hindú. Janet, I.6)

«Que la boca llena de mentiras no encuentre en ti aval: desprecia lo que de ella salga». (Babilonio. Himno a Samas. ERE v.445)

«¿Con su boca hacía honor al *Yea*; estaba su corazón lleno de *Nay*?» (Babilonio. ERE v.446)

«No he dado falso testimonio». (Tradición egipcia. Confesión del Alma Justa. ERE v.478)

«No perseguí el engaño, no presté falso testimonio». (Anglosajón. *Beowulf*, 2738)

«El maestro dijo: sed constantemente hombres de buena fe». (Tradición china. *Anales*, VIII.13)

«En el Nástrond (Infierno) vi a los perjuros». (Tradición nórdica. *Volospá* 39)

«Aborrecible como las puertas del Infierno es para mí el hombre que dice una cosa y esconde otra en su corazón». (Griego. Homero, *Ilíada*, IX.312)

«El fundamento de la justicia es la buena fe». (Romano. Cicerón, *De off.*, I.VIII)

«[El caballero] debe aprender a confiar en sus superiores y a guardar las promesas». (Tradición china. *Anales*, I.8)

«Cualquier cosa es mejor que la traición». (Tradición nórdica. *Hávamál* 124)

La ley de la piedad

«El pobre y el enfermo deben ser considerados los señores de la atmósfera». (Hindú. Janet, I.8)

«Quien intercede por el débil le es grato a Samas». (Babilonio. ERE v.445)

«¿Ha dejado de liberar a un prisionero?». (Babilonio. Relación de pecados. ERE v.446)

«He dado pan al hambriento, agua al sediento, vestido al desnudo, y una barca al que carecía de ella». (Tradición egipcia. ERE. v.478)

«Nunca se debe maltratar a una mujer; ni siquiera a una flor». (Hindú. Janet, I.8)

«Ahí, Thor, hallaste desgracia; cuando golpeaste a la mujer». (Tradición nórdica. *Hárbarthsljóth* 38)

«En la tribu Dalebura, una mujer lisiada de nacimiento fue en todo momento trasladada de un lado para otro por sus semejantes hasta su muerte a los sesenta y seis años». [...] «Nunca abandonaban al enfermo». (Aborígenes australianos. ERE v.443)

«Verás cómo se ocupan de [...] las viudas, los huérfanos y los ancianos, sin reprocharles nada». (Redskin. ERE v.439)

«La naturaleza manifiesta haber dado a los seres humanos el corazón más sensible posible habiéndonos conferido la facultad de llorar. Ésta es nuestra mejor capacidad». (Romano. Juvenal, XV.131)

«Dicen que fue el más benigno y gentil de los reyes del mundo». (Anglosajón. Plegaria del héroe en *Beowulf*, 3180)

«Cuando siegues la mies de tu campo y olvides en el suelo una gavilla, no vuelvas a recogerla; déjasela al emigrante, al huérfano y a la viuda». (Tradición judía. Deut 24,19)

La ley de la magnanimidad

a.

«Hay dos clases de injusticia: la primera se encuentra en quienes hacen daño a alguien; la segunda en quienes pudiendo, no lo protegen del daño». (Romano. Cicerón, *De Off.*, I.VIII)

«Los hombres han sabido desde siempre que cuando se ejerce la fuerza y se hace mal se deben proteger a sí mismos; han sabido que cualquier hombre que buscara su comodidad ejerciendo una violencia sobre los demás no debía ser soportado, sino combatido por todos y a toda costa». (Inglés. Hooker, *Laws of Eccl. Polity*, I.IX.4)

«Pasar por alto un ataque violento es fortalecer el corazón del enemigo. El vigor es valeroso; la cobardía es vil». (Tradición egipcia. El Faraón Senusert III. cit. H.R. Hall, *Historia Antigua del Oriente Próximo*, p. 161)

«Vinieron a los campos de la alegría, la hierba fresca de las Maderas Afortunadas y la morada de los Benditos [...] en compañía de quienes fueron heridos en la lucha por la tierra de los suyos». (Romano. Virgilio, *Eneida*, VI.638-9, 660)

«Nuestro coraje debe ser mayor, nuestro corazón más resistente, nuestro espíritu más austero conforme nuestras fuerzas se debilitan. Aquí yace nuestro señor, hecho pedazos, nuestro mejor hombre en el

polvo. Si alguien piensa abandonar esta batalla, bramará por siempre». (Anglosajón. *Maldon*, 312)

«Pedid e imitad al hombre que, mientras la vida le es grata, la muerte no le es dolorosa». (Estoico. Séneca, *Ep*. liv)

«El maestro dijo: amad el aprender, y si os atacan estad dispuestos a morir por el Buen Camino». (Tradición china. *Anales*, VIII.13)

b.

«Se debe preferir la muerte antes que la esclavitud y las acciones despreciables». (Romano. Cicerón, *De Off.*, I.XXIII)

«Mejor es para el hombre la muerte que la vida innoble». (Anglosajón. *Beowulf*, 2890)

«La naturaleza y la razón mandan que nada de mal gusto, nada afeminado, nada lascivo sea hecho o pensado». (Romano. Cicerón, *De Off.*, I.IV)

«No debemos escuchar a quienes nos advierten de que "seamos hombres para tener pensamientos buenos, y seamos mortales para tener pensamientos mortales", sino que debemos tener en consideración la inmortalidad cuanto sea posible y tensar cada nervio para vivir según lo mejor que hay en nosotros, que, aun siendo pequeño en magnitud, sobrepasa con mucho en poder y en honor a cualquier otra cosa». (Tradición griega. Aristóteles, *Eth. Nic.*, 1177 B)

«El alma debe, por tanto, guiar al cuerpo, y el espíritu de nuestras mentes al alma. Ésta es, por tanto, la primera ley por la cual el poder supremo de la mente exige obediencia al resto». (Hooker, *op. cit.*, I.VIII.6)

«Dejadle que no desee morir, dejadle que no desee vivir, dejadle que espere su momento. [...] Dejadle que soporte con paciencia duras palabras, que se abstenga por completo de los placeres corporales». (Tradición hindú. Leyes de Manu. ERE II.98)

«Quien está inmóvil, quien ha comedido sus sentidos [...] se dice que es un devoto. Como una llama que no vacila en un lugar en calma, así es el devoto». (Tradición india. *Bhagavad gita*. ERE II.90)

c.

«¿Acaso el amor a la sabiduría no es una iniciación ante la muerte?». (Tradición griega. Platón, *Fedón*, 81 A)

«Sé que permanecí en el patíbulo durante nueve noches, herido por una lanza en señal de sacrificio a Odín, mi persona ofrecida a Mi Persona». (Tradición nórdica. *Hávamál*, I.10 en *Corpus Poeticum Boreale;* estrofa 139 en *Lieder der Älteren Edda*, Hildebrand, 1922)

«En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, no da fruto; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde». (Juan 12,24-25)

«[illegible], por tanto, guiar al cuerpo, y el espíritu [illegible] al alma. Ésta es, por tanto, la primera ley por la cual el poder supremo de la mente [illegible] al cuerpo». (Hooker, op. cit., I, vii.6)

«Desdeña que no desees morir, desdeña que no desees vivir, [illegible] [...] Desdeña que siempre esté presente [illegible] palabras, que se [illegible] de los placeres corporales». (Tradición [illegible], [illegible] de [illegible], ERE 4,98)

«[illegible], quien ha controlado sus [illegible] [...] se dice que es un devoto. Como una llama [illegible] en un lugar en calma, así es el devoto». (Tradición hindú, Bhagavad gita, ERE 4,90)

«[illegible] a la [illegible] en una meditación [illegible]». (Tradición griega, Platón, Fedón, 81 A)

«[illegible] en el [illegible] durante [illegible] hasta en señal de sacrificio a [illegible] a Mi [illegible]». (Tradición [illegible] en Carpus [illegible], [illegible], 1969)

«[illegible] el grano de trigo [illegible] queda; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la perderá». (Juan 12.24-25)



La abolición del hombre

En este pequeño gran clásico, considerado por *National Review* como uno de los cien mejores ensayos del siglo XX, C.S. Lewis desarrolla una concisa pero intensa reflexión sobre la sociedad, la naturaleza y los grandes retos educativos de nuestro tiempo. Con su prosa genial y aguda, el autor de *Las crónicas de Narnia* lleva a cabo una de las mejores defensas de la objetividad de la ley natural y de la moralidad que se hayan escrito, al tiempo que advierte contra las inhumanas consecuencias de eliminarlas de la familia, la escuela y la civilización.

Escrito en 1943, se trata, en definitiva, de un texto sorprendentemente profético, que aporta uno de los diagnósticos más lúcidos y certeros sobre lo que sucede en la sociedad actual.

C. S. LEWIS (Belfast 1898 - Oxford 1963), considerado por muchos como el más importante escritor cristiano de habla inglesa del siglo XX, fue un medievalista, apologista, crítico literario, novelista, académico y ensayista británico, conocido mundialmente por sus relatos de ficción y sus ensayos de corte apologético.




ISBN: 978-84-9055-157-8
9 788490 551578